

LA ERA DE LOS ROBOTS

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

SAM



LA ERA DE LOS ROBOTS

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

SAM



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA

COLECCION

1. — EL EXODO DE LOS DIOSES. — *Kelltom Mclntire.*
2. — EL ENIGMA DEL MICROCOSMOS. — *Ralph Barby*.
3. — LOS VIGILANTES DEL COSMOS. — *Joseph Berna.*
4. — ¿HOMBRES O MAQUINAS? — *Glenn Parrish.*
5. — ASTUCIA TERRICOLA. — *Ralph Barby*.

1.

JOSEPH BERNA

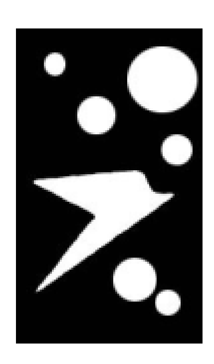
LA ERA DE LOS

ROBOTS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 440

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 38.087 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero, 1979

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos

pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles(N-152, Km 21.650) - Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Corría el verano del año 2021.

Como cada viernes, Cliff Dalton se dirigía en su helimóvil a la pequeña, pero cómoda y moderna casa de campo, que poseía a unos cien kilómetros de San Francisco.

A Cliff, un tipo de elevada estatura, moreno, de robusta complexión, facciones correctas, y veintiocho años de edad recién cumplidos, le encantaba pasar los fines de semana allí, lejos del bullicio de la gran ciudad —San Francisco contaba ya con veinte millones de habitantes, nada menos—, gozando plenamente de la Naturaleza.

De la Naturaleza… y de la compañía de una hermosa mujer, habitualmente.

Desgraciadamente, aquel fin de semana iba a pasarlo más solo que un calcetín en pleno Océano Pacífico.

Jennifer, la chica a la que había invitado a pasar el fin de semana con él —una pelirroja realmente sensacional, con unas medidas asombrosas—, había desaparecido misteriosamente.

Cliff perdió casi dos horas tratando de dar con ella, pero no hubo manera de localizarla.

Muy contrariado, porque ya era tarde para buscar una sustituía, abandonó aquel inmenso hormiguero humano que era la ciudad de San Francisco.

Durante el vuelo, no dejó de pensar en Jennifer.

—¿Qué diablos le habría ocurrido?

—¿Por qué se habría ausentado así de su apartamento, sin decir nada a nadie?

Si no podía pasar el fin de semana con él, ¿por qué no le había llamado por el videófono y se lo había dicho?

La única explicación que encontraba Cliff, era que Jennifer había sido invitada por otro tipo, más apuesto, o con más «pasta» que él, y ella había aceptado.

Pero, aun así, debió llamarle a él y ponerle alguna excusa.

Que se había puesto repentinamente enferma, por ejemplo.

O que un familiar suyo se había puesto grave, y tenía que acudir a su lado.

O que le dolían las muelas, sencillamente.

Pero nada.

Había desaparecido sin decirle nada.

En fin, la cosa ya no tenía remedio.

Tendría que distraerse leyendo algún libro o viendo la televisión…

Minutos después, Cliff Dalton divisaba su pequeña casa de campo.

Posó el helimóvil en la explanada que había frente a ella y detuvo el motor, saltando seguidamente al suelo.

Fue hacia la casa y penetró en ella.

Lo primero que hizo fue abrir todas las ventanas.

Cliff consultó su reloj de dígitos.

Faltaban diez minutos para las siete.

Todavía podía darse un baño en el río que cruzaba a menos de cien metros de la casa.

Cliff se introdujo en el dormitorio y se desnudó con rapidez, colocándose seguidamente un reducido bañador.

Atrapó una toalla de baño, los cigarrillos y el encendedor, que llevaba en el bolsillo de la veraniega camisa, y salió de la habitación, abandonando la casa.

Con paso gimnástico, se dirigió al río.

Un río de aguas serenas y limpias, no demasiado profundo, en cuyas márgenes crecía abundante vegetación.

Por lo solitario y recóndito del lugar, uno podía bañarse allí completamente desnudo si lo deseaba, sin temor a verse sorprendido.

De hecho, Cliff se había bañado así en más de una ocasión.

Y Jennifer...

Cliff Dalton se puso nuevamente de mal humor al recordar a la escultural pelirroja.

Si ella no le hubiese dado plantón, ahora estaría allí con él, y podrían retozar los dos juntos en el agua, con bañador o sin él...

Mejor no pensar en ello.

Cliff dejó la toalla, los cigarrillos y el encendedor, sobre la húmeda hierba, se despojó de las cómodas zapatillas de deporte, y se zambulló en el río.

Fue al emerger cuando se llevó la sorpresa.

Una sorpresa mayúscula.

No estaba solo en el río.

Había otra persona bañándose en él.

Una muchacha.

De no más de veintidós años.

Cabello largo y rubio.

Preciosa de verdad.

Si el resto de su cuerpo estaba en consonancia con el rostro —la chica estaba metida en el agua hasta el cuello, y era muy difícil adivinar qué tal andaba de formas—, la muchacha sería un prodigio de belleza.

—¡Hola! —saludó la joven, agitando la manita.

Cliff Dalton, que se había quedado con la boca abierta, mirándola como un idiota, correspondió al saludo de la chica:

—¿Qué tal?

—¿Cómo se llama? —preguntó ella.

—Cliff Dalton. ¿Y usted...?

—Bárbara —respondió la muchacha, con una encantadora sonrisa.

—Es un placer, Bárbara.

—Lo mismo digo.

Cliff hizo ademán de aproximarse a la chica, que se hallaba a unos diez metros de él, pero ella exclamó:

—¡No se acerque, Cliff!

—¿Por qué? —se extrañó Dalton.

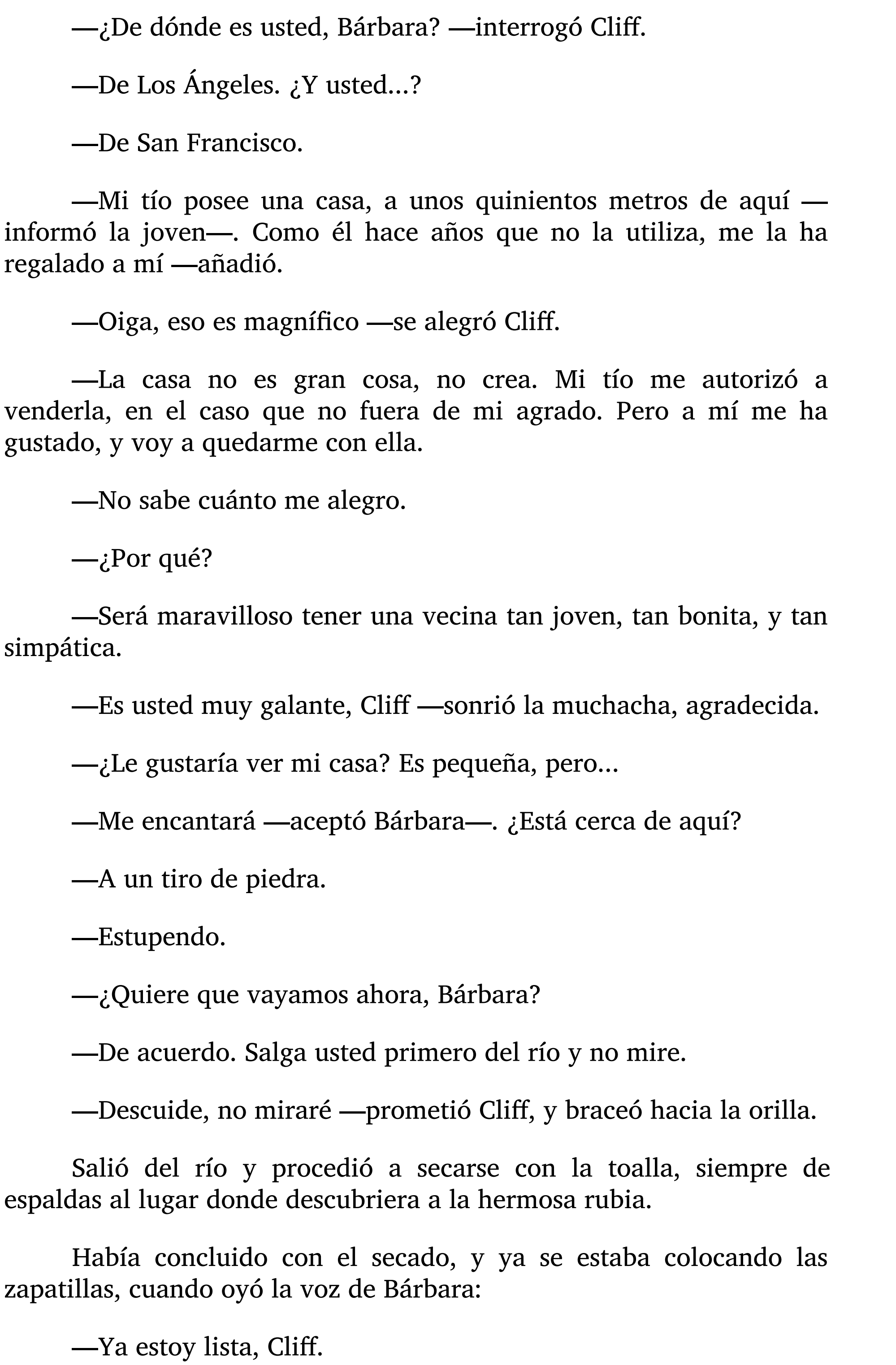
—Es que no llevo bañador...

—Oh, está bañándose desnuda...

—Sí. No esperaba encontrarme con nadie, y por eso me atreví a...

—Entiendo —sonrió Cliff—. También yo me he bañado desnudo aquí alguna vez, por la misma razón. Es la primera vez que me encuentro con alguien en este lugar.

—Y yo, la primera vez que vengo a él —explicó la muchacha.



—¿De dónde es usted, Bárbara? —interrogó Cliff.

—De Los Ángeles. ¿Y usted…?

—De San Francisco.

—Mi tío posee una casa, a unos quinientos metros de aquí —informó la joven—. Como él hace años que no la utiliza, me la ha regalado a mí —añadió.

—Oiga, eso es magnífico —se alegró Cliff.

—La casa no es gran cosa, no crea. Mi tío me autorizó a venderla, en el caso que no fuera de mi agrado. Pero a mí me ha gustado, y voy a quedarme con ella.

—No sabe cuánto me alegro.

—¿Por qué?

—Será maravilloso tener una vecina tan joven, tan bonita, y tan simpática.

—Es usted muy galante, Cliff —sonrió la muchacha, agradecida.

—¿Le gustaría ver mi casa? Es pequeña, pero…

—Me encantará —aceptó Bárbara—. ¿Está cerca de aquí?

—A un tiro de piedra.

—Estupendo.

—¿Quiere que vayamos ahora, Bárbara?

—De acuerdo. Salga usted primero del río y no mire.

—Descuide, no miraré —prometió Cliff, y braceó hacia la orilla.

Salió del río y procedió a secarse con la toalla, siempre de espaldas al lugar donde descubriera a la hermosa rubia.

Había concluido con el secado, y ya se estaba colocando las zapatillas, cuando oyó la voz de Bárbara:

—Ya estoy lista, Cliff.

Cliff Dalton volvió la cabeza.

Quedó tan impresionado, que los cordones de la zapatilla que se estaba poniendo le resbalaron de las manos.

Su vecinita tenía un cuerpo sencillamente portentoso.

- casi todo estaba a la vista.

Sí, porque la chica llevaba una bata corta, abierta de par en par, y bajo ella, el bikini más reducido que Cliff había visto jamás.

- eso que él los había visto de descarados...

—¿Le ocurre algo, Cliff...? —inquirió Bárbara.

—¿Por qué lo pregunta?

—Se ha quedado muy quieto...

—No me extraña. Tiene usted un cuerpo que paraliza.

La muchacha sonrió.

—Se agradece el piropo.

—¿Cuántos concursos de belleza ha ganado? —preguntó Cliff.

—Ninguno.

—¿Qué les pasaba a los miembros de los jurados, estaban ciegos?

—Yo jamás me presenté a ningún concurso de belleza, Cliff.

—¿Por qué? Hubiera triunfado en todos.

—No sea exagerado, hombre —rió Bárbara.

Cliff acabó de atarse las zapatillas, recogió sus cosas, y se irguió.

—¿Un cigarrillo, Bárbara?

—Sí, gracias.

—Encendieron sendos pitillos, y echaron a andar.

—Es por aquí, Bárbara —indicó Cliff.

Poco después, penetraban en la casa.

—¡Oh!, es una casita preciosa, Cliff… —exclamó Bárbara.

—Me alegro de que le guste —sonrió Dalton.

—No le falta detalle…

—Quizá se deba a que soy decorador de profesión.

—¡Ya decía yo!

—¿Qué le sirvo, Bárbara?

—Algo refrescante.

—Póngase cómoda. En seguida preparo las bebidas.

Bárbara dejó la bolsa de deporte que portaba en la mano izquierda sobre la pequeña mesa que había frente al diván, y se sentó en éste.

Era un diván bastante raro.

Sospechoso, incluso, pues daba la impresión de que podía convertirse en muchas cosas.

Cliff regresó con las bebidas, sentándose junto a la muchacha.

—Gracias —sonrió ella, aceptando el vaso que le ofrecía el decorador.

Ingirieron sendos sorbos de la refrescante bebida.

De pronto, Cliff propuso:

—¿Quiere cenar conmigo esta noche, Bárbara?

—¿En su casa o en la mía? —preguntó ella.

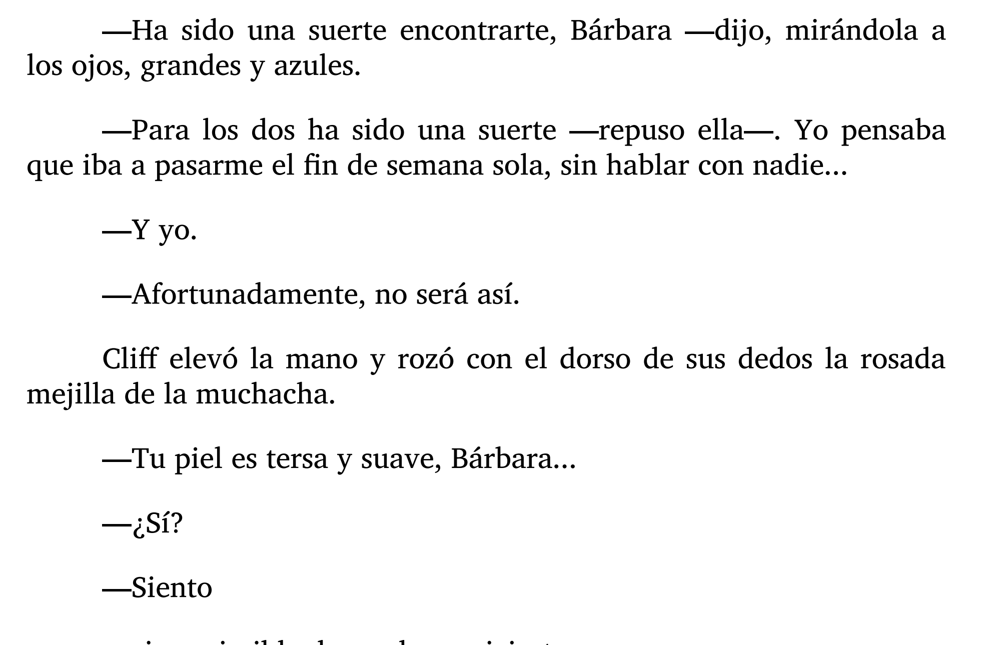
—En la mía, puesto que invito yo. Mañana, si lo desea, cenamos en la suya.

—Trato hecho —aceptó la joven.

—¿Por qué no nos tuteamos? —sugirió Cliff.

—Es una buena idea.

Cliff se repantigó en el diván.



—Ha sido una suerte encontrarte, Bárbara —dijo, mirándola a los ojos, grandes y azules.

—Para los dos ha sido una suerte —repuso ella—. Yo pensaba que iba a pasarme el fin de semana sola, sin hablar con nadie...

—Y yo.

—Afortunadamente, no será así.

Cliff elevó la mano y rozó con el dorso de sus dedos la rosada mejilla de la muchacha.

—Tu piel es tersa y suave, Bárbara...

—¿Sí?

—Siento

un irreprimible deseo de acariciarte...

—Hazlo —invitó ella, mirándole tiernamente—. Yo también lo deseo.

Cliff la cogió del brazo y tiró con suavidad de ella, obligándola a tenderse sobre sus rodillas.

Bárbara subió las piernas al diván y las extendió.

Se miraron largamente a los ojos.

Cliff se inclinó y la besó en los labios.

Unos labios llenos y jugosos, incitantes.

Bárbara colaboró en el beso, que llevaba camino de hacerse interminable.

La mano de Cliff recorrió el maravilloso cuerpo femenino, que se estremeció una y otra vez, acusando las hábiles caricias.

Bárbara no protestaba por nada.

Le dejaba hacer.

Sumisa.

Complacida.

Formaba parte del plan.

Un plan que ya se hallaba en la tercera fase.

La primera había sido entablar amistad con Cliff Dalton.

La segunda, que él la invitara a ir a su casa.

La tercera, turbarle con sus encantos para que él no se diera cuenta de que ella le arrojaba en su bebida los polvos que ocultaba en el pequeño depósito que cubría la piedra de su anillo, la cual se levantaba accionando un diminuto resorte.

Los polvos, blancos, cayeron en el vaso de Cliff Dalton y se disolvieron en sólo unos segundos, sin dejar el menor rastro.

La astuta Bárbara bajó la piedra y el anillo y recobró su primitiva forma.

Cliff seguía besándola y acariciándola ávidamente.

-

En el preciso instante en que su mano manipulaba el cierre de la pieza superior del bikini, Bárbara le empujó por los hombros y le obligó a separarse de ella.

—¿No te sientes a gusto, Bárbara? —preguntó Cliff, con cierto desencanto.

—Mucho —le sonrió ella, pasándole la yema de su dedo índice por los labios.

—¿Entonces?... —Cliff le mordió la deliciosa yemita.

—Te he interrumpido porque apenas habíamos bebido cuando empezamos a besamos y acariciarnos, y yo tengo una sed bárbara.

Cliff también sonrió.

—Bebamos, Bárbara.

La zorra de Bárbara se irguió y atrapó su vaso, que descansaba sobre la pequeña mesa, al igual que el de Cliff.

Este tomó el suyo y bebieron los dos.

Bárbara apuró su bebida.

Cliff sólo ingirió un trago de la suya.

«Suficiente», pensó la rubia, y dejó su vaso sobre la mesa.

—Podemos continuar, Cliff —dijo, toda tierna, y se tendió nuevamente sobre las rodillas de él.

Cliff se deshizo de su vaso y la besó con ardor.

Su mano buscó de nuevo el cierre de la pieza superior del bikini.

Consiguió abrirlo.

Y deslizar la prenda hacia abajo.

Ya no pudo hacer más cosas.

Cayó pesadamente sobre el pecho desnudo de la arpía que respondía al nombre de Bárbara, quedando inmóvil, los brazos colgando.

Como muerto.

CAPITULO II

A la rubia Bárbara no le costó ningún trabajo salir de entre el pecho y las piernas del narcotizado Cliff Dalton, pese a que éste debía pesar por lo menos noventa kilos, y había que tener bastante fuerza para levantar su tórax.

Bárbara la tenía.

Una fuerza tremenda.

Impropia de una mujer.

Lo primero que hizo, después de librarse del inanimado decorador, fue colocarse la pieza superior del bikini.

Luego abrió su bolsa de deporte.

Extrajo de ella un pequeño transmisor.

Pulsó un botón y habló:

—R-401 llamando a R-139 y R-386. R-401 llamando a R-319 y R-386. Respondan.

A través del transmisor llegó una voz;

—Aquí R-139 y R-386. Te escuchamos, R-401.

—La tercera fase del plan ha sido desarrollada con éxito. Cliff Dalton ingirió el narcótico y duerme como un bendito.

—Bravo, R-401. En unos minutos estaremos contigo.

—No os demoréis. El tipo ingirió sólo un trago de la bebida que contenía el narcótico, y como se trata de un individuo muy fuerte, ignoro el tiempo que permanecerá bajo los efectos de la droga —informó Bárbara.

—Estaremos ahí antes de que despierte, no temas.

—Bien. Corto la llamada.

Bárbara devolvió el pequeño transmisor a la bolsa de deporte.

Observó a Cliff Dalton.

Seguía inmóvil, la espalda contra el respaldo del diván, la cabeza ladeada, los ojos cerrados.

La rubia sonrió.

No estaba nada mal el decorador, no.

- qué habilidad la suya, para despertar el deseo en una mujer.

Era un maestro besando y acariciando.

A ella le hubiera encantado llegar hasta el final con él... y narcotizarlo después.

Pero no eran ésas las órdenes que tenía.

- un «R» tenía que hacer siempre lo que se le ordenaba, de lo contrario...

Bárbara se estremeció sólo de pensarlo.

Había tenido ocasión de presenciar lo que le ocurrió a un «R» que se atrevió a actuar de un modo distinto a como se le había indicado.

Fue horrible.

Algo espantoso...

No.

Ella jamás actuaría por su cuenta.

Se limitaría a cumplir órdenes, le gustase ejecutarlas o no.

Ella quería vivir.

Aun sabiendo lo que ahora «era».

Pero no tenía alternativa.

O vivía siendo «eso», o sería destruida como el «R» que se atrevió a actuar por su cuenta.

Volvió a estremecerse.

No, ella no quería ser destruida.

Era preferible vivir siendo «aquello».

Al fin y al cabo, no era tan malo.

Ella podía sentir, gozar, disfrutar y padecer, de las mismas sensaciones que antes de convertirse en un «R».

- tenía tres grandes ventajas,

Primera: estaba totalmente inmunizada contra las enfermedades.

Segunda: jamás envejecería, siempre se mantendría igual de joven y de hermosa.

Tercera: no podía morir.

De muerte natural, al menos.

Ni siquiera de accidente.

Por grave que éste fuera, siempre podría «restablecerse».

El único que podía poner fin a su existencia, era el diabólico científico que la había convertido en un «R», pero él no tomaría esa drástica medida mientras ella le fuese fiel y acatase sumisamente sus órdenes.

Y siempre sería así.

Bárbara volvió a fijarse con detenimiento en Cliff Dalton.

Cada vez le gustaba más.

Cuando él fuese un «R», pasarían muy buenos ratos juntos.

Tampoco él envejecería.

Se mantendría como ahora, joven y musculoso, y ella sería feliz en sus brazos.

Bárbara interrumpió sus pensamientos al detectar el ruido de un motor. Se aproximó al ventanal y miró por él.

Un helimóvil se aproximaba.

Eran R-139 y R-386.

El aparato se posaba segundos después en la explanada, a unos tres metros del helimóvil del decorador.

R-139 y R-386 descendieron de él y caminaron rápidamente hacia la casa.

Eran dos individuos altos y corpulentos, de facciones más bien rudas.

Bárbara les abrió la puerta.

—¿Dónde está el tipo? —preguntó el que portaba un maletín alargado, como de médico, en la mano.

—En el diván —indicó Bárbara.

Los dos hombres fueron hacia el diván, seguidos por la rubia.

Esta apremió:

—Inyectadle, de prisa. Tengo miedo de que se despierte.

El tipo que portaba el maletín dejó éste sobre la mesa y lo abrió, sacando una aguja hipodérmica, acoplada ya a una jeringuilla repleta de una sustancia blanquecina.

Se dispuso a pinchar en el brazo izquierdo al narcotizado Cliff

Dalton.

De narcotizado, nada.

En ningún momento lo había estado.

Había tomado un trago de la bebida que contenía la droga, sí; pero no lo había ingerido. Lo retuvo en la boca, y cuando Bárbara dejó de mirarle un instante, para depositar su vaso, vacío ya, en la mesa, Cliff expulsó el líquido, arrojándolo sobre un almohadón.

La rubia no se dio cuenta de ello, y el decorador siguió el juego, dispuesto a averiguar qué pretendía la tal Bárbara.

Pudo haber cortado la comedia cuando descubrió, por el rabillo del ojo, cómo ella le arrojaba unos polvos blancos en la bebida, pero pensó que sería mejor seguirle la corriente.

Pero había llegado el momento de actuar.

Y Cliff Dalton actuó.

Su puño derecho partió veloz en busca de la cara del tipo que pretendía inyectarle aquel líquido blanquecino.

Se produjo un extraño ruido y el individuo salió despedido con violencia, estrellándose dos segundos después contra el suelo.

—¡Maldición! —rugió el otro sujeto, y se lanzó sin pérdida de tiempo sobre el decorador.

Cliff encogió las piernas y lo recibió con los pies, los cuales empujaron violentamente al individuo cuando el decorador distendió las piernas con todas sus fuerzas.

El agresor se vio lanzado por los aires y poco después rodaba por el suelo.

Cliff Dalton saltó del diván.

Contempló un instante al otro fulano, al que derribara primero de un formidable puñetazo en el rostro.

El tipo yacía en el suelo, boca arriba.

Los ojos abiertos.

Absolutamente inmóvil.

Parecía muerto…

Cliff Dalton sintió una desagradable sensación.

El no deseaba matar a nadie.

Sólo defenderse.

- tuvo que hacerlo de nuevo, pues el otro individuo, el que derribara con los pies, ya se había incorporado y embestía contra él con las peores intenciones.

Cliff saltó de lado, para no verse arrollado por el fulano.

Este no pudo frenar su impulso y cayó sobre el diván.

Cliff se plantó junto a él de un salto y le golpeó en el cuello con el filo de su mano diestra.

De nuevo escuchó aquel extraño sonido.

Un sonido que tenía mucho de metálico.

El individuo debió perder el sentido en el acto, pues quedó completamente quieto sobre el diván.

Cliff lo agarró por el hombro y le obligó a dar la vuelta.

Sintió un estremecimiento.

El tipo tenía los ojos abiertos.

Como su compañero.

- también, como él, parecía muerto.

Cliff Dalton no lograba comprenderlo.

Ni el puñetazo había sido tan tremendo como para matar en el acto al primer individuo, ni el golpe de karate fue tan contundente como para provocar la muerte instantánea en el segundo.

Profundamente impresionado, se volvió hacia la rubia Bárbara.

Ella le miraba, entre asombrada y asustada.

De pronto, se abalanzó sobre su bolsa de deporte.

Antes de que Cliff pudiera impedirlo, extrajo una pequeña pistola de balas explosivas.

El decorador, consciente del peligro que corría, se arrojó sobre la rubia y ambos cayeron al suelo.

Cliff consiguió sujetar la muñeca diestra de Bárbara, impidiendo que ella le apuntara con su arma.

Pensaba que le sería fácil obligarla a soltar la pistola, pero se equivocó.

Bárbara puso en juego toda su fuerza.

Una fuerza increíble.

Cliff Dalton, con gesto de incredulidad, vio cómo la rubia le obligaba a dar la vuelta y ella quedaba sobre él.

Poco a poco, la mano derecha de Bárbara fue girando, y con ella, la peligrosa arma que empuñaba.

Unos segundos más, y la boca del cañón apuntaría directo a la cara del decorador.

Cliff hizo un supremo esfuerzo por quitarse de encima a la endemoniada rubia, pero no lo consiguió.

Consciente de que si no lograba desarmarla, le quedaban sólo unos segundos de vida, Cliff disparó su puño derecho.

Hacia la cara de Bárbara.

La golpeó duramente en el pómulo.

Otra vez aquel extraño sonido metálico.

La rubia salió catapultada hacia atrás y dio una vuelta de campana, perdiendo el arma.

Cliff se incorporó velozmente.

De un puntapié arrojó la pistola lejos, para que Bárbara no pudiera recuperarla.

Fue una precaución inútil, porque la rubia no estaba en condiciones de recuperar nada.

Yacía de bruces en el suelo, y no se movía.

Cliff, asustado, se arrodilló junto a ella y le dio la vuelta.

Sintió un ramalazo de frío al ver que tenía los ojos abiertos.

Unos ojos que miraban sin ver.

Cliff puso su mano sobre el pecho de la rubia.

Su corazón no latía.

Su piel, además, perdía calor por momentos.

—Dios mío, los he matado a los tres... —musitó Cliff, horrorizado, y se cubrió la cara con las manos.

De pronto, percibió un silbido.

Suave.

Extraño.

Cliff bajó las manos y miró a su alrededor.

No le fue difícil descubrir que el suave y extraño silbido procedía del interior del cuerpo de la rubia Bárbara.

De su pecho, más concretamente.

Lo que sucedió después, fue como para llenar de horror a! ser más aplomado y de nervios más templados.

Una auténtica pesadilla.

CAPITULO III

La rubia Bárbara, aparentemente muerta hasta entonces, sufrió una violenta sacudida.

Todo su cuerpo comenzó a temblar, como si estuviera recibiendo una tremenda descarga eléctrica.

Un ronco grito, absolutamente inhumano, brotó de su garganta.

Empezó a retorcerse en el suelo.

Su piel, tersa, suave y rosada, hasta entonces, comenzó a tornarse violácea y a llenarse de rugosidades, por las cuales transpiraba una sustancia oscura que despedía un hedor fuerte y penetrante.

La mueca de su cara era horrible, y parecía expresar el más insufrible de los dolores.

El suave y extraño silbido que brotaba de su pecho se fue volviendo cada vez más agudo, hasta el punto de que el horrorizado Cliff Dalton se vio obligado a taparse los oídos con las manos, para proteger sus tímpanos.

Bárbara seguía retorciéndose en el suelo de un modo grotesco y

macabro, como si estuviera siendo poseída por el mismísimo Lucifer.

Su boca, exageradamente abierta, no paraba de lanzar horrendos gritos, impropios de un ser humano.

De pronto empezó a brotar de ella un torrente de chispas azuladas.

Cliff Dalton, paralizado hasta entonces por e! horror, pegó un salto hacia atrás.

Siguió, no obstante, con los ojos clavados en el cuerpo de Bárbara, cada vez más desfigurado y más horripilante.

Ahora, además de por su boca, lanzaba chispas por los ojos, por los orificios de la nariz, y por los oídos, acompañados de pequeñas columnas de humo.

Un inconfundible olor a carne quemada abofeteó el pálido y desencajado rostro del decorador quien se vio obligado a taponarse la nariz.

El agudo silbido había cesado ya.

También cesaron los angustiosos y desesperados movimientos de Bárbara, así como sus roncos e infrahumanos gritos.

Súbitamente, todo su cuerpo se convirtió en una llama.

Cliff Dalton lanzó un grito.

Había llegado ya al límite del horror.

¡La chica estaba ardiendo!

¡Su cuerpo se estaba derritiendo!

¡Fundiendo como si fuera de mantequilla!

Un sillón, próximo a donde yacía Bárbara, comenzó a arder también, alcanzado por las llamas que estaban consumiendo a la rubia.

Cliff Dalton, aun en el estado en que se encontraba, comprendió que la casa entera ardería, si él no hacía algo por impedirlo.

Sin perder un segundo más, corrió hacia la cocina y llenó un

cubo de agua.

Al salir de ella fue cuando descubrió que los cuerpos de los dos individuos con los cuales peleara, estaban sufriendo la misma horrorosa transmutación que Bárbara.

Piel violácea...

Infinidad de rugosidades, por las que transpiraban aquella sustancia oscura que tan nauseabundo hedor despedía...

Chispas azuladas por boca, nariz, ojos y oídos...

Humo...

Olor a carne quemada...

Repentinamente, las ropas de los tipos ardieron y ellos se convirtieron en sendas hogueras.

A Cliff casi le cayó el cubo de las manos.

Por fortuna, no fue así y pudo arrojar toda el agua que contenía sobre el cuerpo del tipo que ardía más cerca de él.

Velozmente regresó a la cocina y llenó de nuevo el cubo.

Esto, lógicamente, le llevó algunos segundos

La boca del grifo era ancha, pero, aun así, era necesario un determinado tiempo para que el cubo se llenara.

Al salir nuevamente de la cocina con el cubo lleno, comprendió que jamás conseguiría apagar el fuego.

Las llamas habían prendido ya en casi todos los muebles, en las cortinas, en las alfombras...

¡Y había que ver lo rápidamente que se extendían!

Luego estaba el humo.

Un humo cada vez más denso y más peligroso.

A Cliff Dalton comenzaron a llorarle los ojos.

Para que no faltara nada, le asaltó un violento golpe de tos,

provocado igualmente por el humo.

Sí.

La suerte estaba echada.

La casa ardería y él quedaría atrapado en ella, si no la abandonaba inmediatamente.

Trató de hacerlo por la puerta.

Imposible.

Las llamas le cerraban totalmente el paso.

Tosiendo como un caballo asmático, y despidiendo unos lagrimones como guisantes por sus irritados ojos, retrocedió hacia el dormitorio.

De camino hacia la ventana, atrapó su camisa y sus pantalones.

No porque pretendiera salvarlos de las voraces llamas, sino porque iba en bañador.

Afortunadamente, su casa estaba asegurada contra incendio, y él percibiría hasta el último dólar de las pérdidas que el siniestro le ocasionara.

Cliff saltó por la ventana y se alejó unos metros de la casa.

Al respirar aire limpio, la tos desapareció.

Se frotó los ojos con la camisa.

Miró hacia la casa.

Ardía ya por los cuatro costados.

Cliff sintió mucha pena.

Le había tomado un gran cariño a la casa, y le llenaba de tristeza verla arder como una pira.

Lentamente, se enfundó los pantalones y la camisa.

Vestido ya, caminó hacia su helimóvil.

Fue entonces cuando reparó en el otro helimóvil, el de los

amigos de Bárbara.

Se alegró.

En el aparato podría encontrar algo que ayudase a la policía a dar con una explicación lógica a lo sucedido.

Caminó decididamente hacia él.

Todavía se hallaba a unos diez metros del helimóvil, cuando se produjo una ensordecedora explosión y el aparato saltó en mil pedazos.

Cliff Dalton cayó al suelo, derribado por la terrible onda expansiva.

Permaneció unos instantes aturdido.

El decorador levantó pesadamente la cabeza y miró hacia donde, hasta tan sólo unos segundos antes, estaba el helimóvil de los amigos de Bárbara.

Había desaparecido por completo.

Y esto no era lo peor.

La explosión había alcanzado al helimóvil del decorador, y el aparato ardía ya como una antorcha.

Cliff Dalton masculló una maldición.

Iba a quedarse también sin helimóvil.

Casa de campo y helimóvil.

Todo destruido en el mismo día...

¿No era demasiada desgracia...?

Cliff retrocedió, sin erguirse.

Su helimóvil estallaría de un momento a otro.

Así fue.

No había retrocedido más de dos metros, cuando el aparato hizo explosión.

—Menos mal que también lo tenía asegurado… —murmuró Cliff.

Se puso en pie.

Volvió los ojos hacia la casa.

Las llamas seguían dándose el gran banquete.

Cliff exhaló un suspiro de resignación y echó a andar. En dirección a San Francisco…

CAPITULO IV

No.

Cliff Dalton no pensaba recorrer a pie los cien kilómetros que le separaban de San Francisco.

Confiaba en encontrar a alguien que le llevase hasta allí.

Aunque no eran muchas las casas de campo que había por aquella zona, sí se alzaban algunas.

Cliff había visto varias desde su helimóvil.

Que sus propietarios se hallasen en ellas o no, aquel fin de semana, ya era otra cuestión.

Cliff pidió fervorosamente al cielo que alguna de las casas más próximas estuviese ocupada por sus dueños, porque de lo contrario, se iba a pasar el fin de semana andando.

Mientras caminaba, reflexionó sobre todo lo sucedido.

Bárbara...

Sus amigos...

Ella les había llamado R-139 y R-386, y ellos, a ella, R-401.

Una letra, la misma en todos los casos, y un número distinto para cada uno de ellos ..

Sin duda pertenecían a una misteriosa organización, cuyos miembros no utilizaban sus propios nombres, sino la letra «R» y un número, distinto en cada caso.

¿Los fines de dicha organización...?

Cliff, por el momento, no tenía ni idea de cuáles podían ser las actividades de aquella gente.

Una cosa, sin embargo, estaba fuera de toda duda: habían intentado secuestrarle.

Y habían planeado el secuestro muy bien, debía reconocerlo.

Desde la inesperada aparición de la turbadora Bárbara, toda desnudita, allá en el tramo del río donde él acostumbraba a bañarse, hasta llegar a lo del narcótico en la bebida.

La rubia había desempeñado magníficamente su papel, sin un solo fallo.

En realidad había sido una pura casualidad que él la viera arrojarle aquellos polvos blancos en la bebida, pues no sospechó de ella en ningún momento.

¿Qué hubiera sido de él, caso de haber ingerido la droga?

Pues, que Bárbara y sus amigos se lo hubieran llevado con ellos, en su helimóvil.

¿A dónde?

¿Para qué?

Dos buenas preguntas, para las que no tenía respuesta.

El era un simple decorador, que ganaba lo suficiente para poder vivir con cierta comodidad, pero sin una suculenta cuenta corriente en el Banco.

Descartado, pues, lo de exigirle una fuerte suma de dinero por devolverle la libertad.

Otro de los misterios era la forma en que habían muerto Bárbara y los dos individuos.

Si no le pareciera demasiado fantástico, diría que no se trataba de seres humano, sino de robots con aspecto humano.

El extraño ruido metálico que causó su puño al golpearles en la cara...

Las chispas...

El humo,..

Cliff Dalton se detuvo un momento, para concentrarse mejor en sus reflexiones.

Robots con aspecto humano...

Sí.

Era algo realmente fantástico, difícil de creer, pero no tanto para él, después de lo que había presenciado.

Un complejo de piezas metálicas, de cables electrónicos y de circuitos, montados en forma de esqueleto humano, y recubiertos de una materia tan parecida a la carne humana, que fuera capaz de engañar tanto a la vista como al tacto... podían ser la tal Bárbara y sus compinches.

Eso explicaría lo del ruido metálico que produjo su puño al estrellarse en las caras de los tres, y también el que éstos quedaran tan pronto fuera de combate.

Eran muy fuertes, ya se lo demostró Bárbara, cuando luchó con él, pero no resistían un fuerte golpe propinado en la cabeza, y quedaban paralizados si lo recibían.

Averiados, mejor dicho.

- así seguirían hasta que el ser que los creó no reparase tales averías.

Pero dicho ser ante el temor de que él, vencedor de los tres en la pelea, pudiese descubrir que no se trataba de seres humanos, sino de robots con aspecto humano, optó por destruirlos y no dejar ni rastro de ellos.

Sin duda, los robots llevaban en su interior algún dispositivo que se accionaba por control remoto, y que provocaba su rápida y total destrucción.

El creador de aquellos fantásticos robots había activado el dispositivo que causaba su destrucción, para mayor seguridad.

- seguro que también fue él quien hizo estallar el helimóvil de los robots, para que no pudiera encontrar pista alguna que le condujera hasta él.

Cliff Dalton apretó los puños con rabia y reanudó la marcha.

Caminó más de prisa que antes.

Ahora ya no tenía la menor duda de que Bárbara y sus amigos eran robots con aspecto humano.

Tenía que contárselo todo a la policía.

Había que descubrir y detener al ser que creaba los

robots, y averiguar qué pretendía con ello.

Seguro que se trataba de algún científico loco.

Y nada bueno puede esperarse de un científico loco…

* * *

Llevaba algo más de una hora andando, cuando descubrió una casa, un poco mayor que la suya, de una sola planta, también.

Cliff Dalton casi saltó de alegría al ver que había luz en su interior.

Aunque se hallaba un poco cansado por la larga caminata, echó a correr hacia la casa.

Frente a ella se hallaba posado un helimóvil.

Esto hizo que la alegría de Cliff aún fuese mayor.

Alcanzó la casa y pulsó el timbre de la puerta.

Esperó.

Pasó un minuto.

Dos...

Nadie acudía a abrir.

Cliff, impaciente, llamó de nuevo.

Volvieron a pasar dos minutos sin que nadie acudiese a abrir.

Cliff giró la cabeza.

Si había un helimóvil, y las luces de la casa estaban encendidas, tenía forzosamente que haber alguien en ella.

A no ser, claro, que el propietario de la casa y del helimóvil hubiese salido a dar un paseo por los alrededores...

Cliff tanteó la puerta.

Esta se abrió al instante, sin necesidad de forzarla.

Cliff penetró en la casa.

Cerró suavemente la puerta y preguntó:

—¡Eh! ¿Hay alguien en la casa...?

Nadie le respondió.

Cliff se adentró en la casa y fue revisando las distintas habitaciones.

En una de ellas, un dormitorio, encontró varias prendas femeninas esparcidas sobre la circular cama.

Cliff las observó con curiosidad.

Eran prendas de calidad, y las interiores, tremendamente sugestivas.

A la derecha había una puerta.

Cliff fue hacia allí y la abrió.

Al instante, un grito femenino rasgaba el aire como una cuchillada.

Cliff Dalton se quedó boquiabierto.

Observando como un imbécil a la joven morena que se hallaba bajo la ducha, completamente desnuda.

Normal.

Lo raro hubiese sido que la chica se hallase completamente vestida.

Nadie se ducha con la ropa puesta.

Sería como lavarse los pies sin quitarse los calcetines.

—¡Fuera de aquí! —rugió la muchacha, dándole la espalda y mirándole por encima del hombro con el mayor de los furores.

Cliff Dalton no se movió.

La joven morena, al darle la espalda, le había dado también, lógicamente, otra cosa, mucho más tentadora que la espalda.

De ahí que el decorador continuase boquiabierto los ojos fijos clavados como arpones en las prietas y erguidas nalgas de la muchacha, por las que resbalaba el agua que seguía cayendo de la ducha.

Ella se colocó ambas manos «allí», bien extendidas, para tapar lo más posible, y rugió de nuevo:

—¡ Fuera de aquí le he dicho, so sinvergüenza!

Cliff Dalton, muy a su pesar, cerró la puerta de lo que había resultado ser un cuarto de baño.

Le pareció seguir viendo a la chica a través de la puerta, de tan grabada que había quedado su imagen en su cerebro.

Alta, esbelta, hermosa…

Debía de andar por los veintitrés años.

Bueno, con unas piernas tan preciosas como las suyas, podía andar por donde le diese la gana.

¿Y los senos?

Altos, firmes, separados…

Una maravilla.

Tampoco sus caderas, redondas, espléndidas, tenían nada que objetar.

¿Y el rostro?

¡Ay!, el rostro…

Era un prodigio de belleza.

Ojos, pómulos, naricilla, boca…

Todo lo tenía precioso.

De pronto, la puerta se abrió con brusquedad y la bella joven quedó ante él, envuelta en una bata rosa, el cabello chorreante.

Seguía furiosa.

Más, incluso, que antes.

—¿Quién diablos es usted? —barbotó, los ojos llameantes.

—Cliff Dalton, para servirle —tosió el decorador.

—¿Con qué derecho entró en mi casa?

—Bueno, la puerta estaba abierta, y…

—¡La puerta estaba cerrada!

—Con llave, no —carraspeó Cliff.

—¡Pero estaba cerrada! ¡Y usted no es quién para abrirla! ¡Debió limitarse a pulsar el timbre!

—Si lo pulsé… Por dos veces. Pero como nadie acudía a abrir…

—¡No me creo que pulsara el timbre!

—Le juro que sí. Por dos veces, como acabo de decirle.

—¡Si hubiera sonado el timbre, yo lo habría oído!

—Con el ruido de la ducha, y la puerta del cuarto de baño cerrada, es difícil que...

—¡Aun así! ¡Yo tengo el oído muy desarrollado!

—No sólo el oído... —murmuró Cliff, bajando la mirada y posándola un instante en los erguidos pechos de la muchacha.

—¿Cómo dice?

—Yo no he dicho nada —tosió Cliff.

—¡No me gustan las personas que hablan entre dientes !

—Ni a mí.

—¡ Entonces, no se gustará usted!

—No, me gusta más usted —sonrió Cliff.

—¿Qué?

—Perdone, me he hecho un lío.

—¿Puedo saber por qué entró en mi casa? —interrogó la joven, cuya furia no parecía remitir.

—Necesito que alguien me lleve a San Francisco.

—¿No tiene usted helimóvil?

—Lo tenía, hasta hace poco más de una hora.

—¿Qué pasó con él?

—Voló por los aires.

La joven morena apretó los dientes.

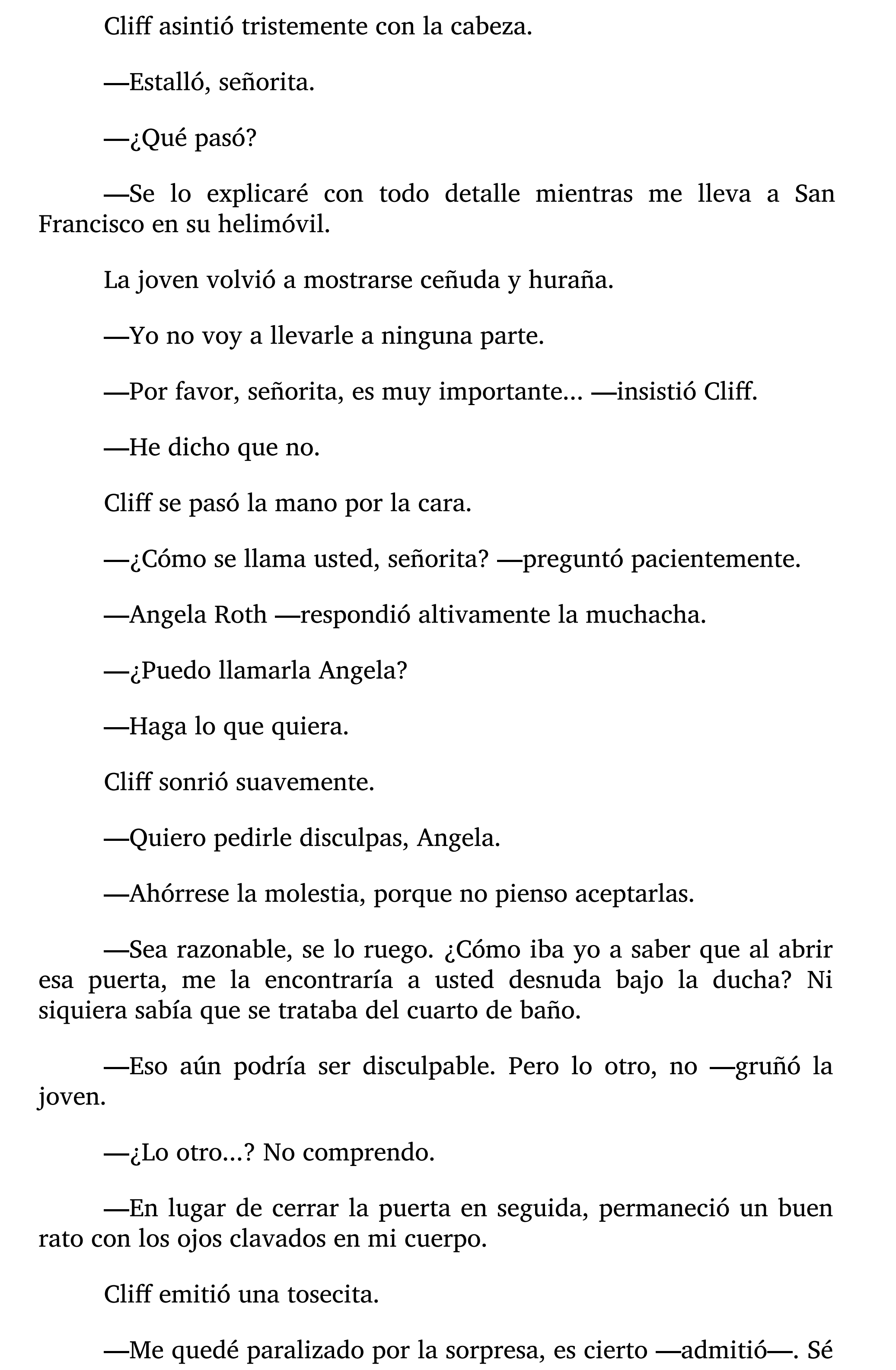
—¿Pretende tomarme el pelo?

—¿Qué? —pestañeó Cliff.

—¡ Todos los helimóviles vuelan por los aires, es lo suyo!

—Sí, pero no en pedazos.

—¿En... pedazos? —repitió la muchacha, agrandando los ojos.



Cliff asintió tristemente con la cabeza.

—Estalló, señorita.

—¿Qué pasó?

—Se lo explicaré con todo detalle mientras me lleva a San Francisco en su helimóvil.

La joven volvió a mostrarse ceñuda y huraña.

—Yo no voy a llevarle a ninguna parte.

—Por favor, señorita, es muy importante… —insistió Cliff.

—He dicho que no.

Cliff se pasó la mano por la cara.

—¿Cómo se llama usted, señorita? —preguntó pacientemente.

—Angela Roth —respondió altivamente la muchacha.

—¿Puedo llamarla Angela?

—Haga lo que quiera.

Cliff sonrió suavemente.

—Quiero pedirle disculpas, Angela.

—Ahórrese la molestia, porque no pienso aceptarlas.

—Sea razonable, se lo ruego. ¿Cómo iba yo a saber que al abrir esa puerta, me la encontraría a usted desnuda bajo la ducha? Ni siquiera sabía que se trataba del cuarto de baño.

—Eso aún podría ser disculpable. Pero lo otro, no —gruñó la joven.

—¿Lo otro…? No comprendo.

—En lugar de cerrar la puerta en seguida, permaneció un buen rato con los ojos clavados en mi cuerpo.

Cliff emitió una tosecita.

—Me quedé paralizado por la sorpresa, es cierto —admitió—. Sé

que debí reaccionar antes, pero no me fue posible.

—No quiso reaccionar, que no es lo mismo —masculló la muchacha.

—Me duele que no me crea.

—Más me duele a mí que me haya contemplado como vine al mundo, aunque bastante más crecidita.

—Lo dice como si tuviera usted algún defecto físico...

—Gracias a Dios, no tengo ninguno —repuso la joven, altiva.

—Por eso creo que no debería estar tan enfadada conmigo.

—Lo siento, pero no opino igual.

—Lléveme a San Francisco, Angela, se lo suplico.

—No.

—Le pagaré lo que me pida.

Las pupilas de la muchacha, verdosas y brillantes, emitieron un chispeo.

—Yo tengo un helimóvil, no un helitaxi —replicó.

Cliff carraspeó.

—¿La he ofendido, al ofrecerle dinero?

—Sí.

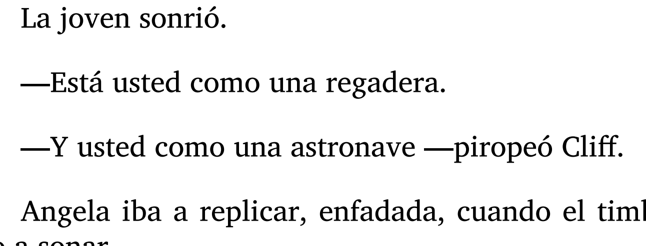
—Le ruego que me disculpe, no era ésa mi intención.

—¿Por qué no se larga de una vez?

—Lléveme a San Francisco, y seré su esclavo —insistió Cliff.

—¿Y para qué quiero yo un esclavo? —repuso Angela Roth, conteniendo una risita, porque le había hecho gracia la ocurrencia del decorador.

—Puedo prepararle la comida, limpiarle la casa, enjabonarle la espalda, pintarle las uñas de los pies... y mil cosas más.



La joven sonrió.

—Está usted como una regadera.

—Y usted como una astronave —piropeó Cliff.

Angela iba a replicar, enfadada, cuando el timbre de la casa se puso a sonar.

El rostro de la muchacha denotó extrañeza.

El de Cliff Dalton, preocupación.

—¿Esperaba usted a alguien, Angela? —preguntó el decorador.

—No…

—Entonces, me buscan a mí —dedujo Cliff.

Y acertó de lleno.

CAPITULO V

—¿Quién le busca a usted? —inquirió Angela Roth.

Cliff Dalton se atrevió a tomarla por los hombros.

—No hay tiempo para explicaciones, Angela. Vaya usted a abrir, y si le preguntan por mí, diga que no me conoce, que no me ha visto.

—Pero...

—Haga lo que le digo, por favor.

—Está bien —asintió la joven, y salió de la habitación.

Cliff entornó la puerta y pegó el ojo a la grieta.

Desde allí alcanzaba a ver la puerta de la casa.

Vio que Angela se disponía a abrir.

La joven pareció vacilar.

Volvió la cabeza hacia su dormitorio.

La grieta que Cliff había dejado era tan pequeña, que ella no podía verle a él.

Finalmente, la muchacha se decidió a abrir.

Se encontró con dos hombres altos y fornidos, que se cubrían con batas blancas.

Parecían enfermeros.

—Buenas tardes —saludó uno de ellos, el de la derecha, con una ligera sonrisa.

—Buenas tardes —respondió Angela, procurando disimular su nerviosismo.

—¿Es usted la dueña de la casa? —preguntó el mismo sujeto.

—Sí —asintió la joven—. ¿En qué puedo servirles?

—Buscamos a un tipo dé unos veintiocho años de edad, alto, moreno, de fuerte constitución, no mal parecido... Se llama Cliff Dalton.

—No conozco a nadie con ese nombre —mintió Angela—. ¿Por qué le buscan, qué ha hecho? —inquirió.

—Se trata de un loco muy peligroso, señorita —informó el individuo que llevaba la voz cantante.

A la joven se le paró un instante el corazón.

—¿De un loco, dice...? —musitó, sin apenas voz.

—Sí. Se escapó esta misma tarde del centro psiquiátrico donde se hallaba recluido desde hace seis meses, después de dar muerte a dos enfermeros.

Angela sintió que le temblaban las rodillas.

—¿Mató a dos enfermeros...?

—Sí, les abrió la cabeza con una barra de hierro que logró sustraer del cuarto de las herramientas.

—¡ Qué horror, Dios mío!

—Y eso no fue todo —añadió el tipo.

—¿No...?

—Después de asesinar tan brutalmente a los dos enfermeros, se tropezó con una enfermera, joven y bastante atractiva. ¿Y sabe lo que hizo…?

—No… —respondió Angela, con voz estrangulada.

—La amenazó con partirle la cabeza con la barra de hierro si no se dejaba violar por él.

—¡Oh, no!

—Como lo oye.

—¿Y…?

—La enfermera no tuvo más remedio que someterse a sus sucios deseos, para salvar su vida, pero no le sirvió de nada. El tipo, tras poseerla salvajemente, le descargó la barra de hierro sobre la frente y la mató en el acto.

Angela Roth estuvo a punto de caerse en redondo.

El individuo siguió informando:

—El tipo logró apoderarse de un helimóvil y huyó con él del centro psiquiátrico. Sabemos que anda por esta zona. Hemos encontrado el helimóvil, hecho pedazos, a unos diez o doce kilómetros de aquí. Dada la extrema peligrosidad del individuo, por su instinto sádico y criminal, es una grave amenaza para todo aquel que se tropiece con él. Por eso nos urge atraparle.

Angela quiso decir algo, pero no le salió la voz.

—Se ha puesto pálida, señorita —observó el sujeto—. ¿Se encuentra mal…?

—El… el tipo… —consiguió balbucear la muchacha.

—¿Se refiere al loco?

—Sí…

—¿Puede decimos algo sobre él?

—Sí…

Los individuos cambiaron una mirada.

—Hable, señorita, se lo ruego —apremió el que había conversado con ella.

—¡ Está oculto en mi habitación! —reveló Angela Roth, volviéndose hacia su dormitorio, cuya puerta señaló con su tembloroso brazo.

* * *

Cliff Dalton lanzó una imprecación.

Había estado temiéndose aquello.

Con las cosas que le habían contado los falsos enfermeros a la muchacha, era lógico que ella le delatase.

¿Cómo iba a proteger a un loco asesino, violador, además, de una pobre enfermera, a la cual liquidó también salvajemente después de...?

No podía culpar, pues, a la joven.

En absoluto.

Toda la culpa la tenían los falsos enfermeros.

Malditos hijos de...

Ya corrían ambos hacia la habitación donde él se ocultaba.

Cliff cerró la puerta y echó el cerrojo.

Pero se trataba de un cerrojo más bien frágil.

No resistiría las embestidas de los individuos.

Cliff se dijo que no tenía más remedio que abandonar la casa, si quería huir de los tipos.

Corrió hacia la ventana y saltó ágilmente por ella. Rodeó rápidamente la casa.

Pensaba utilizar el helimóvil de Angela Roth.

Logró alcanzarlo.

Se introdujo en él velozmente.

Escupió una maldición al descubrir que las llaves del motor no estaban puestas.

Debía tenerlas la muchacha, en la casa.

Cliff saltó del aparato.

A unos diez metros del helimóvil de Angela Roth, se hallaba posado el de los tipos.

Cliff estuvo tentado de correr hacia él.

Fue lo bastante sensato como para no hacerlo.

El creador de los robots con aspecto humano podía hacer estallar el aparato, al igual que hiciera estallar el otro, y mandarle al infierno con él.

De repente oyó gritar a Angela:

—¡Allí está el loco, enfermeros!

Cliff se volvió hacia la casa.

La joven se hallaba en la puerta, y le había descubierto.

Qué simpática.

Cliff echó a correr.

Hacia los árboles más próximos.

Giró un instante la cabeza, pero sin dejar de darle con ganas a las piernas.

Vio salir de la casa a los falsos enfermeros.

Se lanzaron tras él.

¡Y cómo se lanzaron!

Su manera de correr era realmente asombrosa.

Ni el más veloz de los atletas podría competir con ellos.

Esto confirmó lo que ya sospechaba Cliff.

No eran hombres.

Eran robots con aspecto de hombres.

Su creador los había enviado en su busca.

Quería impedir que fuese a la policía y contase lo que le había ocurrido.

Cliff imprimió mayor velocidad a su carrera.

Pero sabía que, por muy de prisa que corriese, sus perseguidores le alcanzarían.

Ellos corrían más que él.

- no se cansarían.

Eran robots.

Máquinas.

Para ellos no existía la fatiga ni el cansancio.

Podrían estar corriendo un día entero.

El único modo de librarse de ellos era, pues, hacerles frente.

Cliff ya sabía dónde estaba el punto débil de aquellos increíbles robots: en la cabeza.

Un buen golpe allí, y...

Frenó su carrera, recogió del suelo una piedra del tamaño de un coco, y se ocultó entre unos altos matorrales.

Sus perseguidores no tardaron en pasar por delante de él.

Sin verle.

De eso se trataba.

Cliff emergió por entre los arbustos y lanzó el pedrusco.

Con todas sus fuerzas.

• con envidiable puntería.

La piedra se estrelló contra la cabeza de uno de los robots, el cual se desplomó instantáneamente.

El otro robot se detuvo, al ver caer a su compañero.

Este había quedado inmóvil en el suelo, los ojos abiertos.

Como muerto.

Pero sólo estaba averiado.

El robot que continuaba en pie se metió la mano en el bolsillo de su bata de enfermero y extrajo una pistola de balas explosivas.

El decorador estaba demostrando ser un tipo tremendamente peligroso.

Ellos tenían orden de atraparlo vivo, si ello era posible; si no, de matarle.

Y eso iba a hacer él: matarle.

No podía arriesgarse a quedar averiado, como su compañero, porque eso facilitaría la huida de Cliff Dalton, al tiempo que provocaría la ira del demoníaco científico que convertía a las personas en robots humanos.

Su fracaso, además, podía significar su destrucción, como ya ocurriera con R-401, R-319 y R-386.

No, él no podía fracasar.

Acabaría con Cliff Dalton.

Con la pistola de balas explosivas firmemente empuñada, caminó hacia los altos matorrales, entre los cuales sospechaba se hallaba escondido el maldito decorador.

Avanzaba despacio, muy atento, pues temía que Cliff Dalton surgiese de pronto y lo tumbase de una pedrada, antes de que él pudiera apretar el gatillo.

El decorador no surgió, pero sí la piedra.

De regular tamaño, también.

El robot no pudo esquivarla.

El pedrusco chocó contra su cara y se la destrozó.

El robot se derrumbó pesadamente.

En su rostro, ni una sola gota de sangre.

Una prueba más, por si no hubiera suficiente, de que no se trataba de seres humanos, sino de máquinas con apariencia humana.

Cliff Dalton salió de entre los matorrales.

Observó fijamente al robot.

Este no tardó en sufrir el mismo proceso de destrucción que R-401, R-319 y R-386.

También su compañero, que yacía varios metros más allá.

Cliff Dalton dio media vuelta y se alejó con paso rápido.

No quería presenciar el espectáculo.

Era demasiado horroroso.

CAPITULO VI

Poco después de que los dos hombres que vestían batas de enfermero saliesen de la casa y se lanzasen en pos de Cliff Dalton, Angela Roth cerró la puerta y corrió el cerrojo.

Permaneció algún tiempo con la espalda pegada contra la puerta, pálida y temblorosa.

Las palabras del enfermero habían quedado grabadas en su mente.

Cliff Dalton era un loco peligroso.

Había dado muerte a dos enfermeros.

Había violado a una enfermera.

Y la había matado también, después...

Se le puso la piel de gallina al pensar en lo cerca que había estado ella de seguir la misma suerte que la enfermera del centro psiquiátrico.

Cliff Dalton la sorprendió bajo la ducha.

Desnuda.

Indefensa...

Pudo haberla violado y asesinado, como a la desdichada enfermera.

¿Lograrían cogerle los enfermeros...?

Tal vez sí y tal vez no.

Por si acaso, lo mejor sería regresar a San Francisco.

¡Y cuanto antes!

Angela Roth corrió hacia su dormitorio, cuya puerta había sido materialmente arrancada por los enfermeros.

Penetró en él, se despojó de la bata y procedió a vestirse rápidamente.

En menos de dos minutos se lo puso todo: el breve pantaloncito de encaje, la corta falda, abierta, además, por ambos lados, la mini blusa, que hacía juego con la faldita, y que le dejaba el moreno estómago y los hombros al descubierto, y las botas, altas, de color plata, muy flexibles.

Perdió treinta segundos más secándose el chorreante cabello con una toalla.

Luego cogió su bolso, donde guardaba las llaves de su helimóvil, y salió del dormitorio.

Corrió hacia la puerta, descorrió el cerrojo y tiró de ella.

Se quedó helada de espanto al descubrir a Cliff Dalton. ,

—¡El loco! —exclamó, ahogadamente.

El decorador, que se hallaba a unos seis metros de la casa, se detuvo.

—Angela... —pronunció.

No le dio tiempo a decir más cosas.

La aterrorizada joven cerró inmediatamente la puerta y volvió a

echar el cerrojo.

—¡Angela! —oyó gritar al hombre que ella creía fugado de un centro psiquiátrico.

No respondió.

Tras irnos segundos de indecisión, corrió de nuevo hacia su dormitorio.

Había recordado de pronto que la ventana estaba abierta, y Cliff Dalton podría entrar por allí.

Alcanzó la habitación.

Justo en el momento en que se disponía a cerrar la ventana, apareció el decorador.

Angela dio un grito de pánico.

Intentó cerrar la ventana de golpe, pero Cliff Dalton se lo impidió.

Forcejearon los dos.

—¡Déjeme entrar, Angela! —rogó Cliff—. ¡Yo no estoy loco, no lo he estado nunca! ¡ Los tipos le mintieron!

La joven, comprendiendo que no podría impedir que Cliff Dalton entrase en la casa, pues, lógicamente, él tenía mucha más fuerza que ella, soltó la ventana y echó a correr hacia la puerta de la casa.

Cliff penetró por la ventana y se lanzó tras ella.

—¡Espere, Angela! ¡Yo no he matado ni violado a nadie! ¡Todo es mentira!

La muchacha no le hizo caso.

Siguió corriendo alocadamente.

Alcanzó la puerta.

En el preciso instante en que descorría el cerrojo, Cliff la sujetaba por los hombros.

Angela pegó un chillido.

—¡Escúcheme, Angela, se lo ruego! —suplicó Cliff.

La joven se revolvió como una fiera salvaje y le atacó con las uñas.

Menos mal que Cliff anduvo listo y aferró a tiempo las muñecas de la muchacha con sus manos, pues, de lo contrario, sus mejillas hubieran quedado como un campo recién arado.

Angela Roth tenía las uñas largas.

Y afiladas.

Eran diez bayonetas en miniatura.

—¡Angela, por favor! —suplicó de nuevo Cliff.

—¡Suélteme, demente! —gritó ella, forcejeando furiosamente con él.

—¡Yo no soy ningún demente!

—¡Se ha fugado de un centro psiquiátrico!

—¡Jamás estuve en un centro psiquiátrico! —hizo saber Cliff.

—¡Asesinó a dos enfermeros!

—¡Eso es tan falso como lo otro!

—¡ Violó a una enfermera, y luego le partió la cabeza!

—¡ Yo no he violado a nadie, y sólo parto nueces!

—¡Y yo espinillas! —repuso Angela, y le atizó un feroz puntapié en la izquierda.

Cliff Dalton encogió rápidamente la pierna, al tiempo que lanzaba un aullido de dolor.

Angela Roth disparó de nuevo la suya, en busca de la otro espinilla.

- la encontró.

Cliff aulló de nuevo y se vino abajo, arrastrando consigo a la muchacha, pues no soltó sus muñecas en ningún momento.

Angela, desde el suelo, intentó golpear nuevamente al decorador, esta vez, con la rodilla y en sitio muy delicado.

Por fortuna, Cliff le adivinó la intención y saltó sobre ella, colocando su cuerpo entre las piernas de la joven, con lo cual quedaba completamente a salvo de rodillazos y puntapiés.

Angela se dijo que estaba irremisiblemente perdida.

Ya no podía defenderse con las piernas.

Ni con las manos, sujetas contra el suelo y distanciadas de su cabeza.

Cliff Dalton la tenía atrapada.

- bien atrapada.

Podía empezar a violarla cuando quisiera.

Ella nada podía hacer por impedirlo.

Dejó de debatirse inútilmente y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Por favor, déjeme, se lo suplico... —sollozó, cerrando los ojos y ladeando la cabeza.

—Claro que voy a dejarla. Pero cuando se calme, y me prometa que no me arrancará las mejillas con sus uñas, que no me dejará cojo a puntapiés, y que no me desgraciará de un rodillazo en... Bueno, ya sabe usted dónde —masculló Cliff.

Angela Roth movió la cabeza y le miró de un modo extraño.

—¿De veras va a soltarme...?

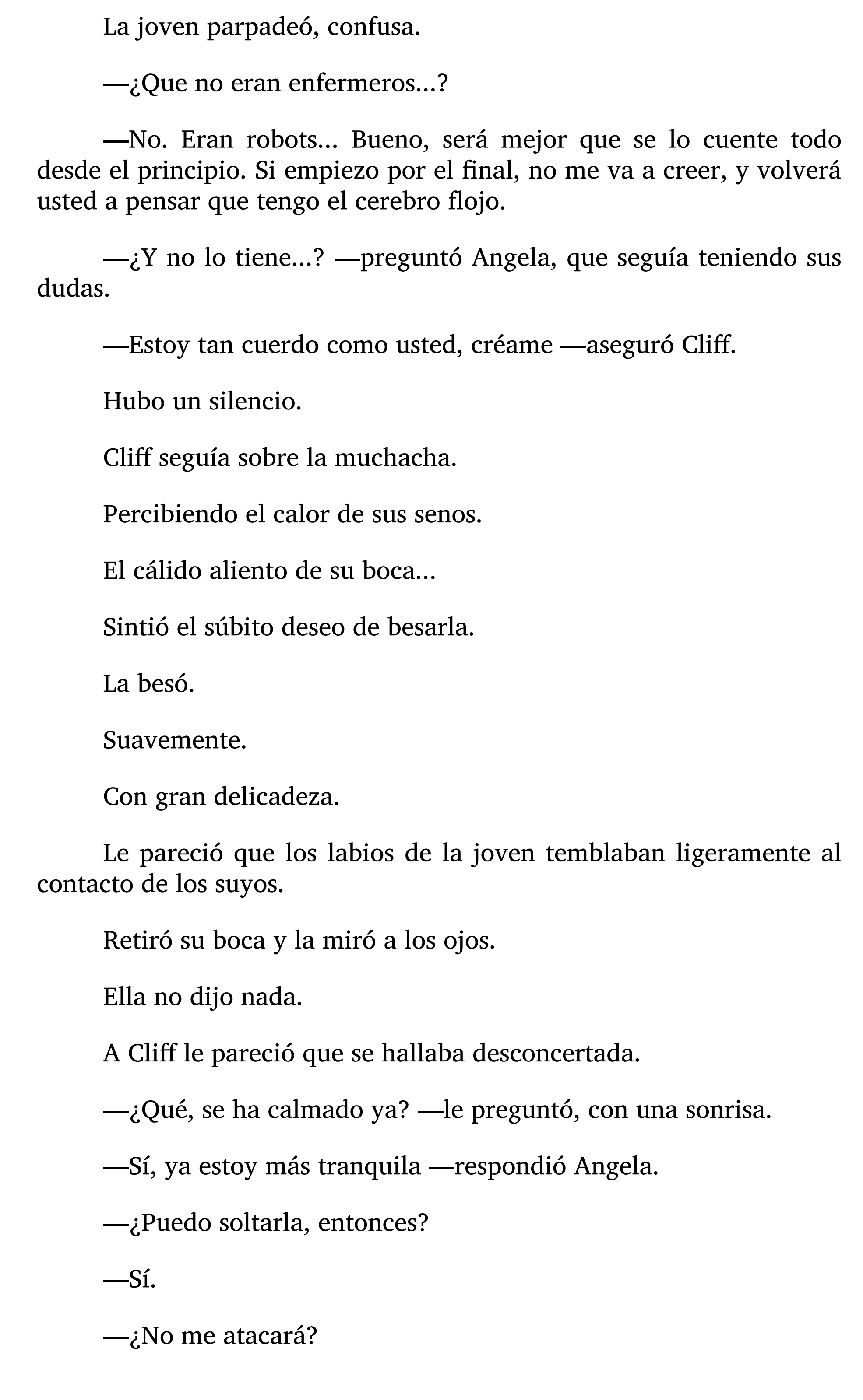
—Sí.

—¿Sin violarme...?

—Míreme bien. ¿Le parece que tengo cara de violador? —gruñó Cliff.

—El enfermero dijo que...

—Ese tipo le contó una sarta de mentiras. Y no era enfermero. Ni su compañero.


La joven parpadeó, confusa.

—¿Que no eran enfermeros...?

—No. Eran robots... Bueno, será mejor que se lo cuente todo desde el principio. Si empiezo por el final, no me va a creer, y volverá usted a pensar que tengo el cerebro flojo.

—¿Y no lo tiene...? —preguntó Angela, que seguía teniendo sus dudas.

—Estoy tan cuerdo como usted, créame —aseguró Cliff.

Hubo un silencio.

Cliff seguía sobre la muchacha.

Percibiendo el calor de sus senos.

El cálido aliento de su boca...

Sintió el súbito deseo de besarla.

La besó.

Suavemente.

Con gran delicadeza.

Le pareció que los labios de la joven temblaban ligeramente al contacto de los suyos.

Retiró su boca y la miró a los ojos.

Ella no dijo nada.

A Cliff le pareció que se hallaba desconcertada.

—¿Qué, se ha calmado ya? —le preguntó, con una sonrisa.

—Sí, ya estoy más tranquila —respondió Angela.

—¿Puedo soltarla, entonces?

—Sí.

—¿No me atacará?

—Le doy mi palabra —sonrió levemente ella.

Cliff le soltó las manos y se puso en pie, ayudando a la joven a incorporarse.

Mientras ella se retiraba el húmedo cabello, bastante desordenado, el decorador se frotó las espinillas, con claro gesto de dolor.

—¿Le… le hice mucho dado? —preguntó Angela.

—Oh, sí, bastante. Tenga en cuenta que no calza zapatillas, sino botas… —observó Cliff.

La joven se mordió el labio inferior.

—Lo siento, lo siento de veras.

—No se preocupe. Peor hubiera sido que me desgarrara las mejillas con sus uñas o que no hubiese podido impedir que me soltase el rodillazo. Me habría hecho ver todas las estrellas del firmamento sin necesidad de telescopio.

Angela Roth enrojeció sensiblemente.

—Le ruego que me disculpe, Cliff —dijo, bajando la mirada—. Ya sabe usted lo que yo temía, y en una situación tan crítica como ésa, la víctima recurre a todo para impedir que…

—Sí, lo sé. Por eso no le reprocho que se defendiera con tanta furia.

La joven le miró de nuevo.

—Es usted muy comprensivo, Cliff.

—Más que usted.

Angela pareció molestarse.

—¿Por qué dice eso?

—Usted me ha pedido disculpas, y yo se las he aceptado en seguida. En cambio, cuando yo se las pedí a usted, por haberla sorprendido desnuda bajo la ducha…

La muchacha sonrió.

—Sí, tal vez fui un poco injusta con usted —admitió.

—¿Olvidado el incidente, entonces?

—Por completo.

—No sabe qué alegría me da.

—¿Por qué no empieza a contarme quiénes eran realmente esos tipos, y por qué le perseguían? —sugirió Angela.

—¿Qué le parece si se lo cuento mientras volamos hacia San Francisco en su helimóvil? —repuso Cliff.

—¿Teme que los tipos vuelvan...?

—No, ellos no volverán.

—¿Los... mató? —se estremeció la joven.

—No, yo sólo los averié. Pero la persona que los envió en mi busca, los destruyó.

Angela Roth pestañeó varias veces.

—¿Averió?... ¿Destruyó?... Parece que esté hablando usted de helimóviles, en lugar de personas.

—Es que no eran personas. Sólo lo parecían.

—¿Qué?

—Eran robots, Angela. Robots con aspecto humano —reveló Cliff.

La joven abrió la boca de par en par.

—¿Robots con aspee...? —balbuceó.

Cliff asintió con la cabeza.

—Sé que es difícil de creer, pero...

—Oh, no, no creo que sea tan difícil —repuso sorprendentemente Angela—. Si usted me lo explica con detalle, estoy segura de que lo entenderé.

Cliff no supo disimular su sorpresa.

Esperaba que la muchacha le dijese que estaba más loco que una cabra, y sin embargo…

—Se lo explicaré con mucho gusto, Angela —respondió—. Mientras nos dirigimos a San Francisco, como ya le he dicho.

Ella le cogió familiarmente del brazo y rogó:

—Cuéntemelo ahora, Cliff.

—¿No le da igual que…?

—Los tipos no volverán, Cliff, usted lo ha dicho. Eran robots humanos, usted los averió, y la persona que los mandó en su busca los destruyó… —recordó Angela.

—Sí, pero esa persona puede enviar más robots, con la misión de capturarme o liquidarme, para que no pueda contarle a nadie lo que sé.

—Oh, no, no creo que lo haga. Al menos, no tan pronto. Venga, siéntese aquí y cuéntemelo todo —insistió la joven, llevándolo hacia un comodísimo diván.

Cliff fue a decir algo, pero no llegó a pronunciar palabra.

Se dejó conducir dócilmente hasta el diván y se sentó en él.

En la pequeña mesa que había delante del diván, descansaban tres preciosos objetos de plata; un encendedor de mesa, un cenicero, y una cajita, que sin duda contenía cigarrillos.

Angela tomó la artística cajita y, con la más dulce y encantadora de las sonrisas, la abrió y se la ofreció al decorador.

—¿Un cigarrillo, Cliff…?

—Gracias —repuso Dalton, levantando la mano.

En el instante en que cogía el cigarrillo, a Angela le cayó la cajita de las manos y todos los cigarrillos se esparcieron por el suelo.

—¡ Oh !, qué torpeza la mía —exclamó la joven.

—Deje, yo los recogeré —sonrió Cliff, agachándose.

Angela Roth cogió disimuladamente el cenicero de plata, muy

pesado, lo elevó, y lo dejó caer con fuerza sobre la cabeza de Cliff Dalton.

El decorador emitió un gemido y se desplomó, quedando inmóvil en el suelo, sin sentido.

CAPITULO VII

Cuando Cliff Dalton volvió en sí, se encontró fuertemente atado a una silla, las manos tras el respaldo, las piernas contra las patas delanteras.

Angela Roth se hallaba frente a él, observándole fijamente, con un cigarrillo entre los dedos, a medio consumir.

—Angela... —murmuró el decorador, sumido en el mayor de los desconciertos.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¿Me golpeó usted?

—Sí.

—¿Con qué?

—Con el cenicero.

—¿Por qué lo hizo?

—Cuando me habló usted de robots humanos, comprendí que los tipos habían dicho la verdad. Ellos eran enfermeros, y usted un

loco peligroso, fugado de un centro psiquiátrico.

—¡No, se equivoca! —exclamó Cliff, sacudiendo enérgicamente la cabeza, pese a que le dolía lo suyo.

—¿Mató a esos dos hombres? —interrogó Ángela.

—¡No eran hombres, eran robots!

—Robots humanos…

—¡Sí!

—Jamás oí nada tan disparatado.

—¡Es cierto, Angela, se lo juro!

—Su mente enferma le hace imaginar las cosas más absurdas.

—¡Mi mente está tan sana como la suya! —rugió Cliff.

—No se altere, que eso es malo para usted.

—¿Cómo no me voy a alterar, si…?

—Deje de gritar o le atizo de nuevo con el cenicero —amenazó Angela.

—¿Sería capaz de…?

—Sí. Y créame que sentiría tener que hacerlo. En realidad, usted no se ha portado mal conmigo. Tuvo ocasión de violarme, y se limitó a darme un beso, nada sucio, por cierto.

—Yo nunca doy besos sucios, siempre tengo los labios limpios —repuso Cliff.

Angela sonrió.

—Usted sabe a qué me refiero.

—¿Qué piensa hacer conmigo, entregarme a la policía? —inquirió Cliff.

—De momento estoy esperando a ver si regresan los enfermeros que salieron corriendo detrás de usted. Su helimóvil sigue ahí afuera.

—Esos hombres no regresarán, Angela.

—Si los mató usted, desde luego que no regresarán. Pero puede que sólo los dejara inconscientes.

—Los averié, ya se lo dije.

—Sí, y la persona que los mandó en su busca, los destruyó —repuso la joven, irónica.

Cliff Dalton apretó las mandíbulas.

—¿Cómo podría convencerle de que todo cuanto digo es verdad?

—Ya estoy convencida. Pero de lo contrario.

—¿Tengo cara de loco?

—No sé... Hasta hoy, no había tenido ante mí a un loco de verdad.

—Ni yo a una chica tan estúpida —espetó Cliff.

Las pupilas de la joven chispearon.

—No me insulte o lo duermo de nuevo.

—Más gravemente me está insultando usted a mí.

—Eso no es cierto.

—Se ha hartado de llamarme loco, y no lo estoy.

—Tiene usted razón. No debí llamarle loco, sino enfermo mental.

—Tampoco, porque mi mente no está enferma.

—Si usted lo dice...

—Suélteme, Angela, por favor.

—No.

—Ni le hice daño antes, ni se lo haré ahora, se lo prometo.

—Seguirá atado, Cliff.

—Es usted más terca que una muía.

—Tal vez.

—Usted, y únicamente usted, será la responsable de lo que pueda sucederme.

—No va a pasarle nada, Cliff. Volverá al centro psiquiátrico, eso es todo.

—Se equivoca. El creador de los robots habrá enviado nuevos robots en mi busca, y no les será difícil dar conmigo, gracias a usted. Me llevarán con ellos, y sólo Dios sabe qué harán conmigo.

—Nada de eso sucederá, tranquilícese.

—Quizá también se la lleven a usted —advirtió Cliff.

—Yo no necesito tratamiento psiquiátrico.

—Los robots le darán otra clase de «tratamiento».

Angela sonrió.

—Si está tratando de asustarme, pierde el tiempo.

—Los dos lo estamos perdiendo. Un tiempo precioso.

—Ande, cállese ya —rogó la joven, depositando el resto del cigarrillo en el cenicero.

Cliff Dalton insistió:

—Por última vez, Angela. Suélteme en seguida, subamos a su helimóvil, y volemos lo más rápidamente posible hacia San Francisco. Tengo que contárselo todo a la policía.

Angela Roth ni siquiera le respondió.

Se sentó en un sillón y se puso a hojear una revista de modas.

Cliff, convencido de que sería inútil seguir rogando a la testaruda muchacha que le dejara en libertad, intentó soltarse por sí mismo.

Aprovechando que ella había dejado de prestarle atención, tensó los músculos de su tórax y brazos.

Las ligaduras, delgadas, pero extraordinariamente resistentes, se

clavaron en su carne, causándole un agudo dolor.

Cliff no pudo contener un gemido.

Angela Roth levantó la cabeza y le miró.

—¿Qué hace? —interrogó, ceñuda.

—Nada —respondió Cliff, aflojando los músculos.

—Tiene la cara roja.

—De rabia.

—No estará tratando de romper las ligaduras, ¿verdad?

Cliff no contestó.

—Le aconsejo que no lo intente. Es una cuerda de fibra, tremendamente resistente, y se lastimaría los brazos.

—Guárdese sus consejos donde le quepan —gruñó Cliff.

—No sea grosero.

—Olvídeme, haga el favor.

—Será un placer —repuso Angela, y volvió a prestar atención a la revista.

Cliff realizó una segunda intentona.

Apretó los dientes, para reprimir un posible gemido de dolor.

Las malditas cuerdas le laceraron la carne, pero parecieron ceder algo.

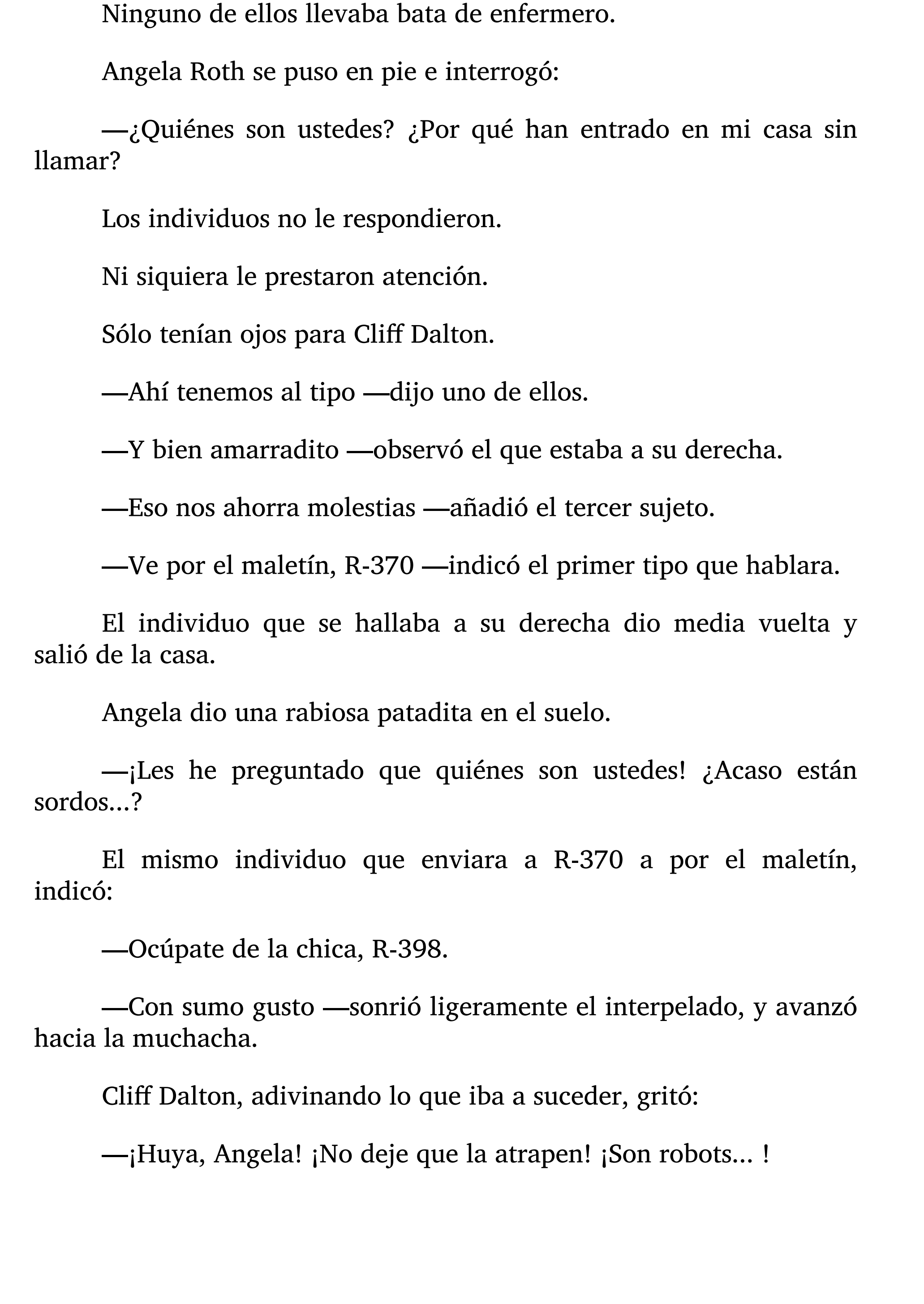
Esto animó a Cliff a seguir insistiendo, pese al agudo dolor.

Angela le sorprendió en pleno esfuerzo y advirtió:

—Estese quieto o me veré obligada a utilizar nuevamente el cenicero, *y* no para echar ninguna colilla.

Cliff iba a replicar, rabioso, cuando tres individuos entraron en la casa, sin molestarse en llamar.

Eran altos.



Fuertes.

Corpulentos.

Ninguno de ellos llevaba bata de enfermero.

Angela Roth se puso en pie e interrogó:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué han entrado en mi casa sin llamar?

Los individuos no le respondieron.

Ni siquiera le prestaron atención.

Sólo tenían ojos para Cliff Dalton.

—Ahí tenemos al tipo —dijo uno de ellos.

—Y bien amarradito —observó el que estaba a su derecha.

—Eso nos ahorra molestias —añadió el tercer sujeto.

—Ve por el maletín, R-370 —indicó el primer tipo que hablara.

El individuo que se hallaba a su derecha dio media vuelta y salió de la casa.

Angela dio una rabiosa patadita en el suelo.

—¡Les he preguntado que quiénes son ustedes! ¿Acaso están sordos...?

El mismo individuo que enviara a R-370 a por el maletín, indicó:

—Ocúpate de la chica, R-398.

—Con sumo gusto —sonrió ligeramente el interpelado, y avanzó hacia la muchacha.

Cliff Dalton, adivinando lo que iba a suceder, gritó:

—¡Huya, Angela! ¡No deje que la atrapen! ¡Son robots... !

CAPITULO VIII

Angela Roth sintió que se le erizaba la piel.

Empezaba a sospechar que se había equivocado con Cliff Dalton.

Al menos, así parecía confirmarlo la amenazante actitud del musculoso sujeto que avanzaba hacia ella.

Era evidente que se disponía a atacarla.

¿Por qué?

¿Qué había hecho ella?

Nada.

No había hecho nada.

Pero quizá sabía demasiado.

O pensaban los tipos que sabía demasiado.

En cualquier caso, estaba claro que iban a cerrarle la boca.

¿Por un par de horas?

¿Para siempre?

Este último pensamiento llenó de pánico a la muchacha.

—¡ Huya, Angela, rápido! —gritó de nuevo Cliff Dalton, cuyos músculos se habían puesto a trabajar otra vez, con más vigor que antes, si cabe.

La joven retrocedió, aterrada.

R-398 siguió avanzando hacia ella, los brazos separados, para cortarle la huida.

La espalda de la muchacha topó contra la pared.

Angela lanzó un débil gemido.

El robot sonrió siniestramente y cayó sobre ella.

Sorprendentemente, la joven logró escabullirse y echó a correr.

—¡Cuidado, R-352! —rugió R-398—. ¡Que no escape!

R-352 cortó el paso a la muchacha, con cavernoso gesto.

—No podrás huir, palomita.

—¡Apártese, tipo asqueroso! —barbotó Angela, soltándote un zarpazo a la cara.

Tan rápida fue su acción, que el robot no pudo evitar que las afiladas uñas de la joven le abriesen varios surcos en la mejilla izquierda.

Unos surcos profundos, terribles.

De haberse tratado de un ser humano, normal y corriente, se hubieran llenado instantáneamente de sangre.

Pero no.

Ni una sola gota brotó de las dolorosas heridas.

Angela Roth se quedó de hielo al ver que los surcos no sangraban.

—No... no es posible... —musitó.

El robot atacado por ella aprovechó la absoluta inmovilidad de la horrorizada muchacha para saltar sobre ella y sujetarla fuertemente.

Angela, pese a su horror, reaccionó valerosamente, y empezó a cubrir de puntapiés las espinillas de R-352.

—¡ Sujétale las piernas, R-398! —gritó el robot.

Su compañero agarró a la muchacha por los tobillos y tiró de ellos hacia arriba.

—¡Llevémosla al diván! —indicó R-352.

Los dos robots depositaron a la joven en el diván, donde la retuvieron, tendida de espaldas y firmemente sujeta.

Cliff Dalton seguía luchando denodadamente con las ligaduras que le tenían inmovilizado en la silla.

Cedían, las condenadas, pero no con la rapidez que la situación exigía.

Angela Roth no dejaba de chillar, mientras se debatía tan furiosa como estérilmente en el diván.

El tercer robot regresó con el maletín.

—¡Rápido, R-370! ¡Inyecta primero a la chica! —indicó R-352.

R-370 depositó el maletín sobre la mesa, lo abrió con prontitud, y extrajo una aguja hipodérmica, cuya jeringa contenía un líquido blanquecino.

Angela Roth se sintió desfallecer de pánico al ver que el tipo se acercaba a ella, para inyectarle aquella extraña sustancia.

—¡Cliff...! —chilló, desesperada.

—¡ Quietos, bastardos! —rugió Cliff Dalton, en el preciso instante en que sus ligaduras, ¡por fin!, se rompían y le dejaban los brazos en absoluta libertad de movimientos.

—¡ Cuidado, el tipo se ha soltado! —advirtió R-398, el robot humano que sujetaba las bonitas piernas de Angela Roth.

—¡Déjalo sin sentido antes de que pueda desatarse las piernas,

R-398! —gritó R-352—. ¡De prisa!

R-398 soltó las extremidades inferiores de la muchacha y se lanzó sobre Cliff Dalton, quien ya estaba tratando de soltar las cuerdas que le ataban las piernas a las patas delanteras de la silla.

Angela Roth comenzó a patalear con furia.

—¡Ayúdame a sujetar a esta fiera, R-370! ¡E inyéctale la droga de una vez, maldita sea! —apremió R-352.

R-370 saltó sobre la muchacha y se sentó sobre sus esbeltos muslos, logrando así inmovilizarle las piernas.

Dos segundos después, le clavaba la aguja hipodérmica en el brazo izquierdo.

Angela Roth lanzó un angustioso chillido.

Con las facciones desencajadas por el horror, vio cómo la sustancia blanquecina que contenía la jeringuilla se introducía en su cuerpo.

—¡Cliff…! —aulló, volviendo los ojos hacia el decorador.

Este había tratado de dejar averiado, de un potente derechazo al rostro, al robot que pretendía dejarle sin sentido.

No le fue posible.

Sentado en una silla, y con las piernas atadas a ella, no era fácil pelear.

El robot tenía ventaja.

Y supo utilizarla.

Esquivó el terrorífico puñetazo del decorador y acto seguido le atacó por detrás.

Cliff Dalton giró el tronco todo lo que pudo, para defenderse lo mejor posible.

Desgraciadamente, no fue mucho lo que pudo hacer, en aquella difícil posición.

Consiguió burlar el primer golpe del robot, pero no el segundo,

que ya le dejó medio inconsciente.

Un tercer golpe, propinado en el cuello, dejó sin sentido al decorador, cuyo tronco cayó pesadamente sobre sus piernas.

—Cliff... —musitó Angela Roth, un par de segundos antes de perder la noción de la realidad.

La droga que le estaban administrando, la durmió profundamente.

CAPITULO IX

Pese a haber sido narcotizado unos minutos después que Angela Roth, Cliff Dalton fue el primero en despertarse.

Se encontró acostado sobre una alargada mesa, los brazos tendidos a lo largo del cuerpo, las piernas ligeramente separadas.

Amplias y sólidas correas le inmovilizaban todo el cuerpo, desde el cuello a los pies.

Dos de ellas le cruzaban el pecho; otra, la cintura; dos más, le sujetaban las muñecas; otras dos, las rodillas; y, finalmente, otro par, los tobillos.

Lo único que podía hacer el decorador, era levantar la cabeza y mirar a su alrededor.

Y eso hizo.

Se hallaba en una amplia sala, de paredes metálicas, iluminada por unos discos que había en el techo, los cuales despedían una luz tan potente, que resultaba cegadora si se mantenían los ojos fijos en ella más de dos o tres segundos.

En aquella extraña estancia había otras cinco mesas idénticas a

la que se hallaba tendido e inmovilizado él, colocadas paralelamente.

Cuatro de ellas estaban vacías.

La quinta, no.

Angela Roth la ocupaba.

Tan inmovilizada como él.

Dormida, al parecer…

—¡Angela! —llamó Cliff.

La joven siguió con los ojos cerrados.

—¡Angela! ¡Despierte, Angela! ¡Soy yo, Cliff Dalton!

La muchacha movió débilmente la cabeza y, unos segundos después, despegaba los párpados.

Ocupaba la mesa que estaba a la derecha del decorador, al que descubrió inmediatamente.

—¡Cliff! —exclamó, al verlo tendido sobre una mesa e inmovilizado por múltiples correas.

—Gracias a Dios que me responde… ¿Se encuentra usted bien, Angela?

—Al menos, sigo viva…

—Ya es bastante.

—¿Dónde estamos? —preguntó la joven, levantando la cabeza y mirando a su alrededor.

—En poder de los robots humanos, esos seres en cuya existencia usted no quería creer, pese a lo mucho que yo insistí —informó Cliff.

—¡Qué horror! —gimió la muchacha, estremeciéndose.

—Si me hubiera creído, no nos hubiesen capturado —rezongó el decorador.

—Ninguna persona cuerda le hubiera creído, Cliff. Y, menos, yo —repuso Angela.

—Porque los falsos enfermeros le habían dicho que yo era un loco peligroso, ¿verdad?

—Sí…

—Ya le demostré que no era tal cosa, poco después de tenerla inmovilizada en el suelo, bajo mi cuerpo. Ni la violé, ni la asesiné, ni nada de nada.

—Si hizo algo, Cliff…

—¿Qué hice?

—Besarme…

—Usted misma reconoció que no fue un beso sucio.

—Sí, es verdad.

—Un loco no la hubiera besado así.

—Supongo que no. De todos modos, no comprendo por qué me besó —repuso la joven.

—Pues no es tan difícil de entender. Usted es una chica preciosa, mi cuerpo se encontraba materialmente pegado al suyo, percibiendo su calor, nuestras bocas estaban muy cerca la una de la otra, y la suya es sumamente tentadora… —explicó Cliff—. Yo no estoy loco, Angela, pero soy un hombre. Y un hombre normal, además. Ya sabe lo que quiero decir. Sentí deseos de besarla… y la besé. Pero delicadamente, para que no pensara que trataba de aprovecharme de la situación.

—Yo estaba muy confusa, Cliff. Ya no sabía a quién creer, si a los hombres que vestían batas de enfermero o a usted.

—Acabó creyéndolos a ellos.

—Porque usted me dijo que no eran hombres, sino robots con aspecto humano.

—Y eso es lo que son, robots con aspecto humano. ¿O acaso todavía lo duda…?

—No, ahora sí lo creo.

—Un poco tarde cayó del burro, ¿no le parece?

—Sí… —admitió la joven, apenada.

—Menos mal que lo reconoce —rezongó Cliff.

—Tiene usted razón, soy una estúpida.

—Bueno, yo tampoco he dicho eso.

—Pero lo dijo antes, en mi casa.

—Porque me sentía furioso.

—Le sobraban motivos

—No hablemos más de ello.

—Estamos aquí por mi culpa, Cliff —dijo la muchacha, los ojos casi en llanto.

—No se mortifique, Angela. La verdad es que los dos robots que se presentaron en su casa, disfrazados de enfermeros, hicieron las cosas muy bien. Hubieran engañado a cualquiera. No puedo reprocharle que les creyera. Ni que no me creyera a mí después. Si alguien me hubiese hablado a mí de robots humanos, antes de esta tarde, le hubiera respondido que le tomase el pelo a su tía —aseguró el decorador.

Angela Roth esbozó una sonrisa.

—Es usted un tipo estupendo, Cliff.

—Del montón.

—¿De veras no está enfadado conmigo?

—En absoluto.

—Pero lo estuvo…

—Sí, debo confesar que sí. Cuando me desperté, y me vi amarrado a una silla… En esos momentos, de haber podido, la hubiese mordido. Y no le digo dónde para que no me llame sinvergüenza —sonrió Cliff.

—Ojalá no le hubiera atado tan fuerte —se lamentó la muchacha.

—¿Quiere decir que le hubiera gustado que la hubiese mordido…? —preguntó el decorador.

Angela sonrió pícaramente.

—Si muerde usted con la misma delicadeza que besa, no creo que resulte tan desagradable.

—Cómo me gustaría hacerle una demostración.

—Me temo que no va a poder ser.

—No pierda la esperanza.

La joven ensombreció el rostro.

—No creo que logremos escapar de este lugar, Cliff.

—Yo haré todo lo posible por conseguirlo, se lo aseguro.

—¿Qué querrán hacer con nosotros?

—No lo sé.

—¿Cómo descubrió usted la existencia de robots humanos? —preguntó Angela.

Cliff Dalton se lo contó todo, desde la sorprendente aparición en el río de la rubia Bárbara, desnuda, hasta el momento en que la sorprendió a ella, igualmente desnuda, bajo la ducha.

Angela Roth quedó muy impresionada.

—No sé cómo pudo usted soportar tanto horror, Cliff… —comentó, tras el espeluznante relato.

—Tampoco yo, créame —repuso el decorador.

—Menos mal que vio usted cómo esa chica-robot, Bárbara, le echaba aquellos polvos en la bebida…

—Sí, fue una suerte. Para mí, claro. Para usted, en cambio… Si me hubieran atrapado entonces, usted no se vería ahora en esta difícil situación.

—No diga eso, Cliff. Yo soy la culpable de que los robots nos hayan capturado, no usted.

—No hablemos más de culpables, Angela. De nada sirve. La realidad, triste y dramática realidad, es que nos hallamos en poder de los robots humanos.

—Y del ser que los crea… —añadió la joven.

—Debe de tratarse de algún científico cuyas facultades mentales están perturbadas.

—¿Usted cree?

—Seguro. A una persona cuerda, jamás se le ocurriría una cosa así.

—En cualquier caso, debe tratarse de un ser extraordinariamente inteligente. Usted tuvo en sus brazos a esa turbadora Bárbara, acarició su cuerpo, besó su boca…, y en ningún momento sospechó que besaba y acariciaba a un robot con cara y cuerpo de mujer.

—Cierto, no encontré nada anormal. Su piel era rosada, tersa, suave, cálida… Y, sus labios, llenos, jugosos, ardientes… ¿Cómo iba a sospechar que sólo era una máquina, recubierta de carne artificial?

—Por eso digo que su creador debe ser una persona de una inteligencia extraordinaria. Es dificilísimo crear un robot tan parecido en todo al hombre, que ni siquiera con el tacto se puede descubrir la verdad.

—Estoy de acuerdo con usted, Angela. Pero sigo pensando que el tipo tiene la «terraza» averiada.

—¿Qué planes tendrá? ¿Con qué fin construirá estos robots de apariencia humana?

—No tengo la menor idea. Aunque sospecho que no debe tratarse de nada bueno. Prueba de ello es que construye los robots en secreto. Y ya conoce el refrán: «El que teme, algo debe».

—¿Para qué le querrá a usted?

—¿A mí?

—Preparó un minucioso plan para capturarle…

—Pues, como no sea para que le decore el laboratorio, no sé para qué otra cosa puede quererme.

—¿Decorarle el laboratorio...? —pestañeó Angela, sin comprender.

—Yo soy decorador de profesión —informó Cliff—. ¿No se lo había dicho?

—No.

—Bueno, pues ya lo sabe. Si quiere que le decore algo, estoy a su disposición.

La joven sonrió.

—Si salimos de esto, le contrataré para que me decore el apartamento que poseo en San Francisco.

—Se lo voy a dejar de cine.

—¿Cobra usted mucho, Cliff?

—Lo normal. Pero a usted le voy a resultar baratísimo.

—¿Por qué?

—Porque me gusta usted más que el caviar.

—Me parece que usted es uno de esos hombres a los que le gustan todas. De Bárbara, por ejemplo, se prendó nada más verla.

—No me lo recuerde, por favor. Tenía intención de hacer el amor con ella, y era sólo una máquina...

—Que se hubiera portado como una mujer de carne y hueso hasta el final, no le quepa duda.

—Aun así. ¡Menudo planchazo descubrir que le has hecho el amor a un robot! —exclamó Cliff.

—Eso, sí —rió Angela.

Cliff Dalton iba a añadir algo, cuando una puerta se abrió, sin producir ningún ruido.

El y Angela Roth dirigieron sus miradas hacia allí.

Un hombre penetró en la amplia y extraña sala.

Era bajo de estatura, delgado, de abundante y revuelta cabellera plateada. Frisaba en los cincuenta años edad, y se cubría con una larga bata blanca.

El hombrecillo se detuvo frente a las dos mesas donde permanecían sujetos Cliff y Angela.

Los observó a los dos con curiosidad; especialmente, al decorador. Luego, con una suave sonrisa en los labios, dejó oír su voz de armónica averiada:

—¿Señor Dalton...? ¿Señorita Roth...? Permítanme que me presente. Soy Lionel Walcot, el creador de los robots humanos.

CAPITULO X

A Cliff Dalton y Angela Roth no les sorprendió en absoluto el saber que tenían ante sí al creador de los robots humanos.

Ambos lo habían adivinado mucho antes de que él se lo dijese.

La larga bata blanca...

Su aspecto de científico...

Su cara de loco...

Sí.

La cara de Lionel Walcot tenía poco de normal.

Bastaba fijarse en sus ojos, pequeños, brillantes y espantados, para saber que su cerebro no funcionaba como debía funcionar.

Sus manos, entrelazadas sobre el pecho, se retorcían nerviosamente.

Daba la impresión de que el científico no podía tenerlas quietas.

Lionel Walcot miró a Angela.

—Parece usted asustada, señorita Roth... —observó.

—¿No lo estaría usted, si se encontrase en su lugar? —repuso Cliff.

—En absoluto. Yo no tendría ningún miedo, señor Dalton. Me hallaría contento; muy contento.

—Tráiganos un par de zambombas, y nos pondremos a tocar.

Lionel Walcot rió.

De un modo anormal, también.

Hasta la risa tenía de loco.

—Tiene usted un excelente sentido del humor, señor Dalton —elogió.

—Y unos puños que no son precisamente de mazapán. ¿Le gustaría probarlos?

El creador de los robots humanos volvió a reír como lo que era: como un demente.

—Ya sé que pega usted duro, señor Dalton. Averió a cinco de mis robots con sendos golpes a la cabeza, que es precisamente su punto más débil. El único, me atrevería a decir.

—¿Por qué los destruyó?

—¿Se refiere a esos cinco robots?

—Sí.

—No podía dejar pruebas de su existencia. Además, fracasaron. Es la primera vez que mis robots fracasan. El castigo, por haber fallado, fue su total destrucción. El resto de mis robots actuarán ahora con el máximo cuidado, por temor a sufrir la misma suerte que R-319, R-386. R-401, R-299 y R-403.

—Todos ellos chillaron como locos al iniciarse su proceso de destrucción... ¿Acaso, pese a ser robots, sienten dolor? —inquirió Cliff.

—Oh, sí; en el momento de su destrucción, sufren horriblemente —confirmó Lionel Walcot—. Sienten lo mismo que sentiría usted si le

arrojasen vivo y desnudo sobre un gran montón de brasas. Hay, no obstante, una diferencia: ellos sienten el dolor en el interior de su cuerpo, no en el exterior. Como su carne es artificial, y sus huesos, metálicos, no sienten nada cuando se les golpea o se les desgarra la materia que cubre su esqueleto metálico, tal y como hizo la señorita Roth con la mejilla de R-352 —explicó el científico.

—Entonces, sólo usted puede causarles dolor…

—Así es. Basta con que ponga en funcionamiento el dispositivo que causa su destrucción, para que se retuerzan como lagartijas. Pero ellos saben que, si son obedientes y cumplen mis órdenes, jamás serán destruidos. Por eso todos me son fieles. Yo, al convertirlos en robots, les he dado lo que todos los seres humanos desearíamos conseguir al precio que fuera: la vida eterna.

—¿Ha dicho… «convertirlos»? —pestañeó Cliff.

—Sí, ésa es la palabra justa.

—¿Quiere decir que antes de ser robots… eran personas?

—En efecto —asintió el científico—. Personas de carne y hueso, como ustedes dos.

Cliff Dalton ladeó la cabeza y miró a Angela Roth.

La joven, no hacía falta preguntárselo, estaba tan horrorizada como él.

El decorador volvió a prestar toda su atención al creador de los robots.

—No acabo de entenderle, señor Walcot…

—Profesor Walcot, por favor —rogó el científico, con una sonrisa.

Cliff asintió con la cabeza.

—¿Le importaría explicarnos, profesor Walcot, cómo…?

—Lo haré con mucho gusto, señor Dalton. Me encanta hablar de ello.

—Adelante.

—Bien, todo empezó hace unos meses. Yo llevo muchos años dedicado por entero a la Ciencia. Dispongo de un laboratorio completísimo. Siempre trabajé solo. Trabajo más a gusto así, sin torpes ayudantes a mi alrededor. Durante mucho tiempo acaricié la idea de crear un tipo de robot, tan parecido al ser humano, que nadie pudiese descubrir, ni siquiera tocándolo, que se trataba de una máquina. Hace seis meses realicé mi primer experimento. Había construido un robot, en forma de esqueleto humano, de acuerdo con las medidas aproximadas de Kate, una prostituta a la que recurría de cuando en cuando, ya pueden suponerse ustedes para qué… Kate era joven y hermosa. Por tanto, cara. La llamé una noche y, al poco de llegar, la narcoticé. La primera fase del experimento consistía en trasladar todos los conocimientos de su cerebro al cerebro electrónico del robot. Fue un éxito completo. ¡ El robot respondía a mis preguntas como si fuera Kate!

Cliff Dalton y Angela Roth sintieron sendos escalofríos.

Lionel Walcot, entusiasmado con su propio relato, continuó:

—En cuanto gradué el tono de voz del robot, hasta dejarlo idéntico al de Kate, creí que era la propia Kate quien hablaba. Animado por el éxito de la primera fase del experimento, abordé la segunda, que consistía en recubrir el esqueleto metálico del robot con la materia creada por mí, y que debía sustituir a la carne humana. Primeramente, con escayola, saqué un molde del cuerpo desnudo de Kate.. Luego coloqué el robot en el interior del molde y llené éste de la materia creada por mí. Un rato después, retiraba el molde y el robot quedaba de nuevo ante mí. Su cuerpo era idéntico al de Kate. Tuve, no obstante, que trabajar un poco en su cara. Le coloqué los ojos de Kate, unos dientes similares a los suyos, cejas, párpados, pelo, lengua… También tuve que dedicar unos minutos a los círculos de los pechos, a su pubis y a su sexo, para que todo quedara igual. Y a los dedos de las manos y de los pies, pues tuve que colocarle las uñas…

El profesor Walcot hizo una pausa y prosiguió:

—Un par de horas después de haber iniciado el experimento, el robot era talmente Kate. En realidad, *era* Kate, pues no sólo tenía su cara, su cuerpo *y* su voz, sino los conocimientos de su cerebro. Al principio tuve problemas con la «nueva» Kate, pues ella seguía pensando que era una mujer de carne y hueso, y me costó convencerla de que era un robot creado por mí, a imagen y semejanza de la prostituta Kate. Cuando le mostré el cuerpo sin vida de Kate, con los ojos arrancados, ya no tuvo ninguna duda. Se sintió muy desgraciada,

al saber que se había convertido en un robot humano, pero su tristeza desapareció cuando yo le enumeré las ventajas de ser robot. Absoluta inmunidad contra todo tipo de enfermedades, insensibilidad al dolor físico, eterna juventud... La «nueva» Kate, gratamente sorprendida, me preguntó si ella, pese a ser un robot, podría seguir sintiendo como una mujer. Le respondí que sí, que sentiría exactamente las mismas cosas que antes de convertirse en robot, excepto el dolor físico. Ninguno de los placeres de la vida le estaría negado. Para que se convenciera por sí misma, le propuse hacer el amor. Y lo hicimos.

—¿Y...? —quiso saber Cliff.

—Fue otro rotundo éxito. El complicado mecanismo del robot proporciona calor y sensibilidad a la materia que sustituye a la carne. A cada caricia mía, el cuerpo de Kate se estremecía de placer. Los dos gozamos plenamente, puedo asegurárselo. Kate se sintió más mujer que nunca, y yo no encontré ninguna diferencia con relación a las otras veces que había hecho el amor con ella. Nada me hacía recordar que tenía entre mis brazos un robot creado por mí. ¿Notó usted alguna diferencia, cuando acarició y besó a Bárbara, señor Dalton? —preguntó Lionel Walcot.

—Ninguna —respondió Cliff.

—Claro. Como que es imposible hallarla —sonrió el científico orgulloso de sí mismo.

—¿Cuántas personas ha convertido ya en robots humanos? —inquirió el decorador.

—Cuatrocientas veinticinco. Pero ha habido siete bajas. Los cinco robots que me obligó usted a destruir esta tarde, más otros dos que destruí hace algún tiempo, por haberse atrevido a desobedecer mis órdenes.

—Es responsable, pues, de cuatrocientas veinticinco muertes... —acusó Cliff.

—En todo caso, de siete. Las otras cuatrocientas dieciocho personas, viven —repuso el científico.

—¡Convertidas en robots!

—¿Y no es mucho mejor así...? Vivirán cientos de años sin envejecer ni padecer enfermedades, siempre jóvenes, vigorosos, infatigables... Una pareja puede pasarse el día entero haciendo el

amor, sin sentir el más leve síntoma de cansancio. ¿No le parece maravilloso…?

Yo, créame, les envidio desde lo más profundo de mi ser. He cumplido ya cincuenta y un años, y muchas noches, aun deseando lo contrario, me veo obligado a dormir solo. Usted ya me entiende —carraspeó Walcot.

—No, yo no le entiendo —masculló Cliff—. ¿Qué persigue con todo esto? —interrogó.

—Hacer felices a mis semejantes, proporcionándoles una vida maravillosa e interminable.

—¿Está seguro de que los hace felices?

—Absolutamente seguro.

—¿Y a cuántas personas más piensa convertir en robots humanos?

—Todas las que pueda. Y teniendo en cuenta que puedo convertir de seis a ocho por día, sin la ayuda de nadie, o varias docenas, si me ayudan algunos de los robots, a los que ya estoy entrenando para ello, puedo aventurar que, en un plazo máximo de diez años, serán miles y miles los robots humanos que vivirán confundidos entre los seres humanos normales y corrientes. Con otros diez años más de intenso trabajo, y un equipo de ayudantes mucho mayor, los robots humanos podrán contarse ya por millones. Habremos llegado, pues, a lo que yo llamo ya «La Era de los Robots».

—¿«La Era de los Robots»…? —repitió Cliff.

—Sí, señor Dalton. Millones y millones de seres convertidos en robots. Ellos dominarán la Tierra. Y harán un mundo mejor. Más racional, más justo, más pacífico…

—Está usted como una cabra, profesor Walcot.

Los ojos de loco del científico destellaron.

—¿No le gusta a usted mi proyecto, señor Dalton?

—Desde luego que no. Es el mayor disparate que he oído en mi vida.

—¡ Es un proyecto fantástico, que sólo se me podía ocurrir a mí,

el más genial de los mortales, el científico más inteligente del mundo! —estalló Walcot.

—Y el más modesto —añadió Cliff, irónico.

—¡Le prohíbo que se burle, señor Dalton!

—¿Quién se burla?

—¡Le recuerdo que su vida y la de la señorita Roth están en mis manos! Hábleme con educación y respeto, y les convertiré en robots humanos.

—Lo dice como si fuera un premio…

—Y lo es.

—Lo siento, profesor Walcot, pero yo no opino igual.

—Pues no tienen alternativa, señor Dalton. O se convierten en robots humanos, o les inyecto un veneno de rápido efecto y los mando a los dos al Más Allá —hizo saber el científico.

Cliff Dalton no replicó.

Ya se había dado cuenta de que no le convenía enfurecer al profesor Walcot. Era demasiado peligroso.

Ladeó la cabeza y observó a Angela Roth.

La joven, que no había pronunciado palabra desde que Lionel Walcot hiciera su aparición, estaba pálida y temblaba ligeramente.

El científico clavó sus ojillos en la muchacha.

La miró de un modo distinto a como la había mirado hasta entonces.

A Angela le pareció que había deseo en los ojos del creador de los robots.

Un deseo sucio y repugnante.

Cliff Dalton también se dio cuenta de ello.

Con el fin de cortar los lujuriosos pensamientos del científico, dijo:

—Bien, profesor Walcot. La señorita Roth y yo pensaremos qué nos conviene más, si convertimos en robots humanos o que nos inyecte usted un veneno de rápido efecto. Cuando lo hayamos decidido, ya se lo haremos saber.

—Para ella no habrá veneno, es demasiado hermosa… —respondió Lionel Walcot, acercándose más a la muchacha.

Angela se agitó sobre la alargada mesa, nerviosa y asustada.

El científico alargó la mano y la posó sobre el muslo izquierdo de la joven.

Comenzó a acariciarla.

—Tiene usted unas piernas maravillosas, señorita Roth…

—¡No la toque! —rugió Cliff, tensando sus músculos.

—¿Por qué no? —preguntó Walcot, sin mirarle.

—¡ Está atada, es una canallada aprovecharse de ella!

—Me gusta acariciar a las mujeres jóvenes y bellas —repuso el científico, utilizando ya ambas manos, cada vez más ávidamente.

Una de ellas se introdujo por el escote de la mini blusa.

—¡Saque su asquerosa mano de ahí, so cerdo! —chilló Angela Roth, roja de ira y de vergüenza.

Lionel Walcot no hizo caso.

Siguió toqueteando los senos de la indefensa muchacha, mientras su otra mano se perdía bajo la breve falda.

Angela Roth comenzó a chillar.

—¡Déjela en paz, viejo verde! —rugió de nuevo Cliff Dalton—. ¿No ve que la chica está a punto de vomitar de asco? ¡Usted no le causa placer, sólo repugnancia!

Lionel Walcot retiró bruscamente ambas manos del cuerpo de la muchacha y se abalanzó sobre el decorador, cuyo rostro cubrió de golpes.

—¡ Pagará caros sus insultos, Dalton! ¡ Los dos sufrirán las

consecuencias! ¡ Los convertiré en robots y luego los destruiré, pero lo más lentamente posible! ¡ Sufrirán espantosamente durante horas!

No menos de veinte furiosos puñetazos descargó el científico sobre la cara de Cliff Dalton, quien soportó el castigo sin emitir el más leve gemido.

De pronto, Lionel Walcot giró sobre sus talones y trotó hacia la puerta, abandonando la sala.

CAPITULO XI

—¡Cliff! —exclamó Angela Roth, nuevamente pálida.

—Estoy bien, tranquilícese —respondió Cliff Dalton, mirándola.

—¡Sangra por la nariz y por la boca! —se alarmó la joven.

—No es nada.

—¡Ese loco le ha puesto la cara perdida!

—Peor se la pondré yo a él, si tengo ocasión. Y, más que por lo que me ha hecho a mí, por lo que le ha hecho a usted —masculló el decorador, cuyo ojo izquierdo se estaba hinchando y amoratando por segundos. Lo mismo le ocurría en ambos pómulos.

—Sé que le dijo todo eso al profesor Walcot para que se enfureciera y dejara de tocarme.

—No podía permitir que esa rata repelente se aprovechase de usted.

—Se lo agradezco mucho, Cliff.

—No tiene importancia.

Hubo un silencio.

—Nuestra suerte está echada, Cliff… —murmuró Angela.

—Mientras hay vida, hay esperanza.

—Sólo un milagro puede salvamos.

—Pues recemos para que se produzca.

—¿Cree usted en los milagros, Cliff?

—Cuando uno necesita imperiosamente creer en algo, cree.

—No me gustaría convertirme en robot; prefiero que me maten antes.

—Lo mismo digo.

—Pero ya oyó al profesor Walcot. Quiere convertirnos en robots y destruimos lentamente, para que suframos más.

—Ese tipo está como un cencerro.

—De eso no hay duda. Pero hará lo que dijo, nada ni nadie podrá impedirlo.

Cliff Dalton apretó los dientes y trató de sacar el máximo rendimiento a sus jóvenes músculos.

Unos minutos después desistía.

—Es imposible soltarse, ¿verdad? —dijo Angela.

—Me temo que sí —respondió Cliff, jadeante y con la frente bañada de sudor—. Haría falta poseer la fuerza de un elefante para romper estas malditas correas —rezongó.

Guardaron silencio los dos.

Súbitamente la puerta se abrió de nuevo y un segundo personaje penetró en la sala.

Una mujer.

Joven.

Atractiva.

Cabello rojizo.

Cuerpo sensacional…

Vestía un cortísimo y ceñidísimo pantalón, de tejido muy brillante, y una holgada blusa de tul, descaradamente transparente. Las botas, altas hasta la rodilla, eran doradas, muy brillantes, también.

Cliff Dalton abrió la boca.

Y no precisamente porque los rotundos y provocativos pechos de la chica pudiesen admirarse, con todo detalle, a través de la transparente blusa.

¡Cliff conocía a la pelirroja!

¡Era Jennifer!

¡La chica que tenía que haber pasado el fin de semana con él en su casa de campo!

Ella se detuvo frente a la mesa donde él permanecía atado y le miró con mucha tristeza en los ojos.

—Hola, Cliff.

—Jennifer… —acertó a balbucir el decorador.

—¿Quién te ha golpeado?

—El profesor Walcot.

—¿Por qué?

—Le insulté.

—No debiste hacerlo. El profesor Walcot es un hombre muy peligroso.

—¿Qué haces tú aquí, Jennifer?

—Me atraparon, como a ti.

—¿Cuándo?

—Ayer por la tarde.

—Con razón me fue imposible encontrarte esta tarde…

—Ya no estaba en San Francisco.

—¿También a ti piensa convertirte el profesor Walcot en robot humano?

La pelirroja sonrió tristemente.

—Ya me convirtió, Cliff.

El decorador no pudo contener un respingo.

—¿Que ya...?

Jennifer asintió débilmente con la cabeza.

—Soy un robot humano. Desde anoche. R-422. Ese es mi número.

—Dios...

—No es tan malo, Cliff. Tiene muchas ventajas; aunque también, claro, algunos inconvenientes. El más serio, tener que estar sometida al profesor Walcot, cuyas órdenes hay que acatar siempre. Pero esto es lógico, teniendo en cuenta que él es el creador de los robots humanos. En cierto modo, es el padre de todos nosotros. Otro de los inconvenientes es que los robots no podemos tener descendencia. Podemos gozar plenamente del acto sexual, pero no tener hijos. Las razones son obvias.

—¿Y no te parece monstruoso...?

—Tal vez. Pero hay que pensar también en las ventajas, Cliff. Yo siempre tendré veintidós años, siempre seré igual de atractiva, mi piel se mantendrá eternamente tersa y suave... Los robots tenemos siglos de vida por delante. No podemos enfermar, envejecer, ni, lo que es más importante, morir. Son ventajas a considerar, ¿no te parece?

Cliff Dalton movió la cabeza negativamente.

—Estás tratando de convencerte a ti misma, Jennifer. En el fondo, te sientes muy desgraciada por haberte convertido en un robot. Sabes que no eres más que un esqueleto metálico repleto de cables electrónicos y de circuitos, y recubierto de una materia que parece carne humana, pero que no lo es.

—Es tan sensible como la carne humana, te lo aseguro. La más leve caricia hace que me estremezca de placer. Anoche, siendo ya

robot, tuve una experiencia sexual con otro robot, y no hubo ninguna diferencia, puedes creerme —repuso Jennifer.

—Físicamente es posible que no. Pero estoy seguro de que, mentalmente, sí la hubo.

—¿Mentalmente?

—Tú sabes que ahora no eres más que una máquina con apariencia humana, y que también lo era el hombre con el que hiciste el amor. Eso, forzosamente, tiene que producir una sensación desagradable.

La pelirroja no respondió.

—Tus ojos reflejan una inmensa tristeza, Jennifer —continuó Cliff—. Prueba inequívoca de que es cierto cuanto digo. Tú no te sientes contenta ni feliz de ser un robot humano. Si te hubieran dejado elegir, habrías elegido seguir siendo una mujer de carne y hueso, sin importarte que los seres humanos envejecemos con el paso de los años, que estamos expuestos a enfermedades y sufrimientos, que morirmos... ¿Me equivoco, Jennifer?

La pelirroja forzó una sonrisa.

—No, no te equivocas, Cliff. Pero no me dieron a elegir. Me dormí siendo una mujer de carne y hueso y, cuando me desperté, ya era un robot humano. O me resigno a ser R-422, una máquina con cara y cuerpo de mujer, o el profesor Walcot activará el dispositivo que llevo en el interior del pecho y me destruirá totalmente. La elección, como verás, no es difícil.

—Te comprendo perfectamente, Jennifer.

—Tú también te resignarás a ser un «R», Cliff. Y la chica... —Jennifer se fijó por primera vez en Angela Roth.

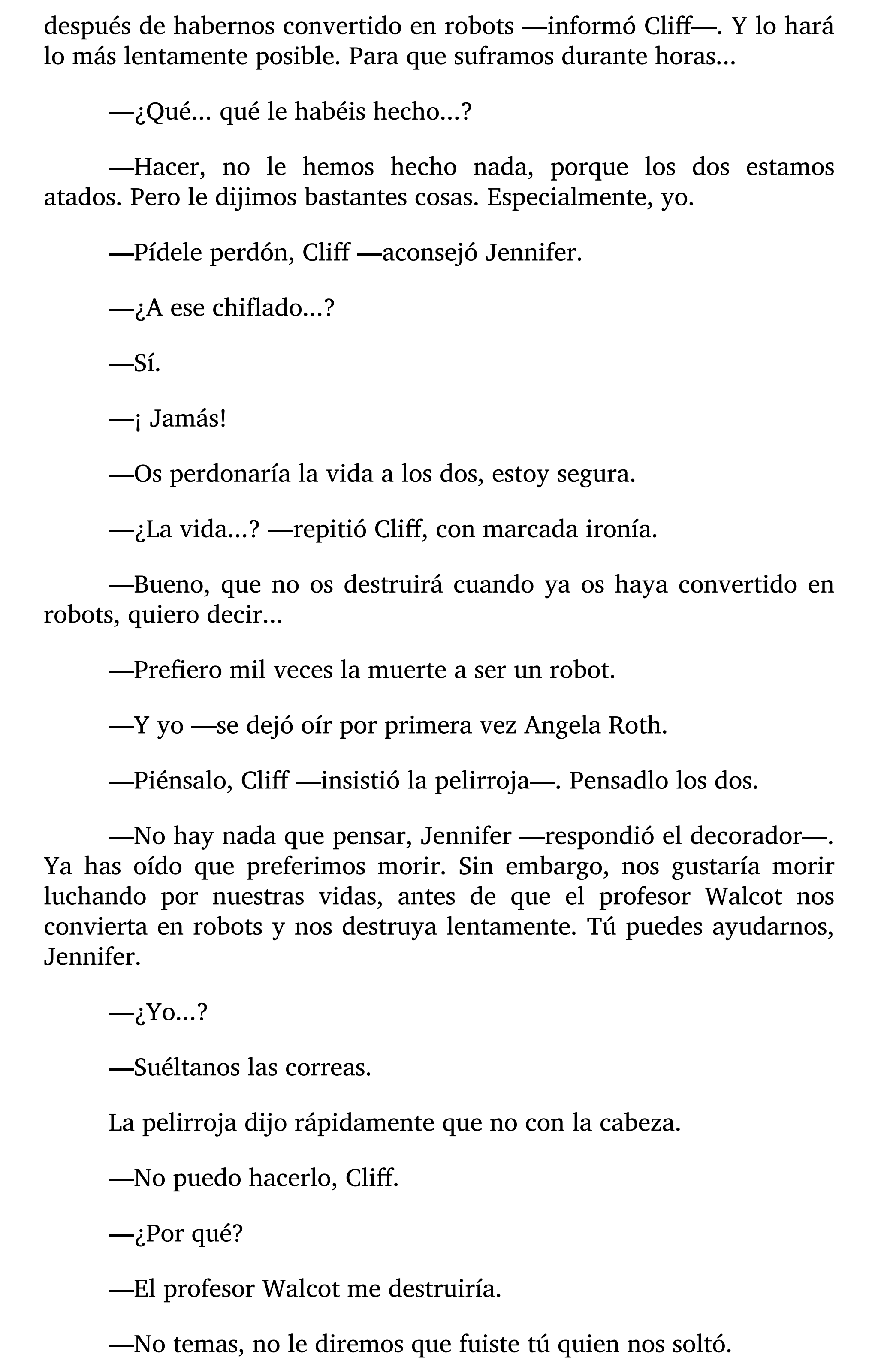
Cliff movió la cabeza en sentido negativo.

—No, Jennifer. A nosotros no nos dará tiempo a resignamos a ser robots humanos.

La pelirroja volvió a mirar al decorador.

—¿Por qué dices eso?

—El profesor Walcot nos destruirá a los dos, pocos segundos



después de habernos convertido en robots —informó Cliff—. Y lo hará lo más lentamente posible. Para que suframos durante horas...

—¿Qué... qué le habéis hecho...?

—Hacer, no le hemos hecho nada, porque los dos estamos atados. Pero le dijimos bastantes cosas. Especialmente, yo.

—Pídele perdón, Cliff —aconsejó Jennifer.

—¿A ese chiflado...?

—Sí.

—¡ Jamás!

—Os perdonaría la vida a los dos, estoy segura.

—¿La vida...? —repitió Cliff, con marcada ironía.

—Bueno, que no os destruirá cuando ya os haya convertido en robots, quiero decir...

—Prefiero mil veces la muerte a ser un robot.

—Y yo —se dejó oír por primera vez Angela Roth.

—Piénsalo, Cliff —insistió la pelirroja—. Pensadlo los dos.

—No hay nada que pensar, Jennifer —respondió el decorador—. Ya has oído que preferimos morir. Sin embargo, nos gustaría morir luchando por nuestras vidas, antes de que el profesor Walcot nos convierta en robots y nos destruya lentamente. Tú puedes ayudarnos, Jennifer.

—¿Yo...?

—Suéltanos las correas.

La pelirroja dijo rápidamente que no con la cabeza.

—No puedo hacerlo, Cliff.

—¿Por qué?

—El profesor Walcot me destruiría.

—No temas, no le diremos que fuiste tú quien nos soltó.

—El se entera de todo sin necesidad de que nadie le diga nada. Lo he oído comentar a los otros robots.

—Jennifer, te lo suplico... —insistió Dalton.

—Hágalo, Jennifer, por favor... —pidió también Angela Roth.

La pelirroja titubeó.

De pronto se arrojó materialmente sobre Cliff Dalton y empezó a soltar la correa que sujetaba su muñeca derecha.

Apenas rozar con sus dedos la correa, empezó a oírse un silbido.

Suave.

Extraño.

—Procedía del interior del pecho de Jennifer...

CAPITULO XII

Súbitamente, el cuerpo de la pelirroja sufrió una terrible sacudida.

Jennifer se olvidó en el acto de las correas que sujetaban a Cliff Dalton y se puso a chillar con todas sus fuerzas, entre continuas y grotescas convulsiones.

Angela Roth la contemplaba, muda de horror.

Por lo que le había contado Cliff Dalton, adivinaba lo que le estaba sucediendo a Jennifer.

¡Se había iniciado el proceso de su destrucción!

Jennifer se había venido abajo, y se retorcía en el suelo entre roncos gritos y violentos espasmos.

Cliff, comprendiendo que si Jennifer no les ayudaba, Angela y él estarían irremisiblemente perdidos, gritó:

—¡Jennifer! ¡Tienes que soltarme al menos una mano, Jennifer! ¡Haz un esfuerzo, por Dios!

La pelirroja siguió revolcándose por el suelo.

Como si no hubiera oído al decorador.

Este insistió:

—¡Jennifer! ¡Para ti ya no hay salvación posible, pero yo puedo vengarte si me sueltas! ¡ Hazlo y te juro que ese canalla de Lionel Walcot recibirá su merecido!

Las palabras de Cliff Dalton surtieron efecto.

Jennifer se arrastró hacia la mesa donde permanecía atado el decorador y levantó una mano.

Una mano horriblemente crispada, cuya piel se había tomado violácea y llenado de rugosidades, que transpiraban aquella sustancia oscura y hedionda que Cliff Dalton ya conocía.

El penetrante y pestilente olor azotó los rostros de Cliff y Angela, cuyos tímpanos estaban sufriendo terriblemente, pues el silbido que brotaba del pecho de Jennifer se había vuelto ya extraordinariamente potente y agudo.

R-422 consiguió alcanzar con su horrible mano la correa que sujetaba la muñeca derecha del decorador.

No le fue fácil, pero logró soltar la correa.

Inmediatamente después cayó al suelo y volvió a retorcerse de un modo angustioso y desesperado.

Por su boca empezaron a brotar un sinfín de chispas azuladas.

Y por sus ojos, por los orificios de la nariz, por los oídos...

Brotó también humo y un inconfundible olor a carne quemada impregnó la sala entera.

Mientras tanto, Cliff Dalton, con la mano libre, había procedido a soltar las correas que sujetaban su pecho, su cintura, y su otra mano.

Acto seguido soltó las que le sujetaban las rodillas y los tobillos.

Saltó de la mesa sin perder un segundo.

Jennifer seguía en el suelo.

Ya no se retorcía espasmódicamente ni se oía el potente y agudo

silbido que dañara los tímpanos de Cliff y Angela.

Repentinamente todo el cuerpo de la pelirroja se convirtió en una llama.

Angela Roth, incapaz de soportar tanto horror, se puso a chillar histéricamente.

Cliff acudió rápidamente junto a ella.

Por Jennifer, nada podía hacer.

En realidad, no era Jennifer.

De ella sólo tenía sus conocimientos y sus ojos.

Todo lo demás, era falso.

Idéntico, pero falso.

Era un robot.

Un robot humano.

R-422...

La octava baja entre los cuatrocientos veinticinco robots creados por el diabólico profesor Walcot.

No crearía ninguno más, si él podía evitarlo.

Procedió a desatar a Angela Roth.

Con toda rapidez.

Aun así, sólo le había soltado la mitad de las correas cuando la puerta se abrió y tres robots humanos irrumpieron en la sala.

Cliff ya los conocía.

Eran R-352, R-370 y R-398.

Los mismos que le atraparon a él y a Angela, en la casa de campo de la muchacha.

R-352 aún llevaba en la cara los profundos surcos causados por las afiladas uñas de la joven, lo cual le daba un aspecto realmente siniestro.

Cliff se vio obligado a desentenderse de Angela.

Tenía que hacer frente a los robots.

Afortunadamente, no empuñaban armas.

Sin duda, Lionel Walcot les había ordenado que los atrapasen vivos, para poder llevar a cabo la cruel venganza que les había prometido: convertirlos a los dos en robots para, seguidamente, destruirlos lo más lentamente posible.

Bien.

Ya se vería quién destruía a quién.

Cliff Dalton sabía defenderse.

No en vano había practicado judo y karate desde muy joven.

Conocía, además, el punto débil de sus enemigos: la cabeza.

Serena, pero decididamente, Cliff salió al encuentro de los robots.

Estos se separaron, para poder atacarle desde distintos puntos a la vez.

A Cliff no le importó demasiado que adoptaran aquella táctica.

Confiaba plenamente en sus reflejos y en su agilidad.

—¡Ahora! —rugió R-352, lanzándose sobre el decorador.

R-370 y R-398 le imitaron.

Cliff Dalton entró en acción.

Para R-352, cuya acometida esquivó con relativa facilidad, fue el primer golpe.

¿Y qué golpe, madre!

Fue un auténtico hachazo.

Si Cliff no le separó la cabeza del tronco, fue porque el filo de su mano era duro, pero no cortante. Si llega a serlo, la testa del robot hubiera rodado por el suelo.

R-352 cayó como una res apuntillada, y ya no se movió.

Cliff Dalton sí se movió.

Como una centella, además.

Era necesaria una rapidez fulgurante para burlar las embestidas de los otros dos robots.

Cliff lo consiguió.

Ellos, en cambio, no pudieron evitar que el decorador les alcanzase en su relampagueante contraataque.

R-370 recibió una tremenda patada en plena cara y se desplomó en el acto, quedando tan inmóvil como R-352.

R-398 casi se tragó el codo derecho de Cliff Dalton.

El golpe, sin embargo, no fue lo suficientemente contundente como para averiar al robot, quien continuó erguido.

Peor para él.

Sí, porque Cliff volvió a utilizar el filo de su mano a modo de filo de hacha, tomando como blanco la frente del robot.

Se produjo un claro sonido metálico y R-398 se derrumbó todo de una pieza.

Fue el fin de la pelea.

Cliff Dalton corrió hacia Angela Roth.

La lucha, al parecer, había acabado con el ataque de histeria sufrido por la muchacha.

—¡Cliff, qué bien pelea usted! —exclamó la joven, eufórica.

—¡Se hace lo que se puede! —repuso el decorador, procediendo a soltar las correas que aún Testaban.

Segundos después, Angela saltaba de la mesa.

Miró un instante a Jennifer.

Lo que quedaba de ella, más bien.

Apenas nada.

Carne artificial, cables electrónicos, circuitos, piezas metálicas...

Todo se estaba fundiendo rápidamente.

—¡Qué horror, Cliff! —gimió la joven, abrazándose a Dalton.

Este la estrechó contra su pecho.

—Tenemos que salir de aquí, Angela.

—Sí...

—Vamos.

Cliff la cogió de la mano y ambos echaron a correr hacia la puerta.

No tuvieron que hacer nada para abrirla.

La puerta se abrió automáticamente tan pronto como ellos estuvieron delante de ella.

Abandonaron rápidamente la sala.

Se encontraron en un largo corredor.

—Corramos, Angela —indicó Cliff, tirando de la muchacha.

Cruzaron velozmente el corredor.

Al fondo había un ascensor.

Cliff y Angela se disponían a entrar en él, cuando una puerta se abrió y dos robots humanos hicieron su aparición, armados con pistolas de balas explosivas.

Lionel Walcot, evidentemente, ya no deseaba atraparlos vivos, sino muertos.

Pero tampoco iba a ser fácil.

Cliff Dalton reaccionó con una celeridad asombrosa, y cuando la pareja de robots vino a darse cuenta, ya el decorador caía sobre ellos como un tigre.

De sendos y certeros golpes, propinados uno con el filo de la

mano y el otro con el pie, Cliff puso fuera de combate a los dos robots.

—¡Cuidado, Cliff…! —chilló Angela Roth.

Dalton se arrojó al suelo.

Eso le salvó la vida, pues la bala explosiva que le envió Lionel Walcot, desde el fondo de la sala en cuya puerta habían surgido segundos antes los dos robots, pasó por encima de su cuerpo y fue a chocar contra la pared del corredor, donde estalló, causando un gran destrozo.

Cliff Dalton se apoderó rápidamente de una de las pistolas de los robots averiados y respondió a los disparos del científico.

Este se escabulló velozmente, y no resultó alcanzado por ninguna de las balas.

Balas que, al hacer explosión en el extraño y gigantesco panel que había en el fondo de la sala, repleto de luces de varios colores, provocaron un pavoroso incendio, cuyas llamas se extendieron rápidamente, abrasando cuanto hallaban a su paso.

Cliff oyó aullar a Lionel Walcot.

Sin duda había sido alcanzado por el fuego.

Súbitamente apareció por entre unas estanterías que ardían.

El también ardía.

Parecía una antorcha.

Lionel Walcot cayó al suelo, incapaz de resistir en pie la cruel y dolorosa mordedura de las llamas,

Una estantería le cayó encima y lo sepultó.

Los desgarradores aullidos del científico cesaron instantáneamente.

Cliff Dalton no esperó a ver más.

Se puso en pie de un salto y corrió hacia Angela Roth.

—¡Al ascensor, rápido! ¡Todo esto estallará de un momento a otro! —advirtió.

Se introdujeron los dos en el ascensor.

Cliff pulsó el botón de subida y el artefacto mecánico se fue velozmente para arriba.

El ascensor los dejó en una especie de terraza, donde se alineaban varios helimóviles.

Cliff y Angela subieron a uno de ellos.

El decorador lo puso en marcha y el aparato se elevó, alejándose a toda velocidad del lugar.

Un lugar apartado, solitario, próximo a la costa, según pudieron apreciar Cliff y Angela desde el helimóvil.

Pocos segundos después, la extraña casa de Lionel Walcot saltaba en pedazos, al estallar el laboratorio subterráneo.

Por un momento, se hizo de día en varios centenares de metros a la redonda, tal fue la magnitud de la explosión y el chorro de fuego que ascendió hacia el cielo.

Angela Roth, horrorizada, se abrazó nuevamente a Cliff Dalton.

El decorador hubiera querido estrecharla vigorosamente contra su pecho, acariciarle el cabello, besarla en los labios…

No pudo hacerlo.

Tenía que pilotar el helimóvil.

Pero ya habría tiempo para lo otro, ya…

EPILOGO

El lugar donde se alzara la casa de Lionel Walcot distaba unos cincuenta kilómetros de San Francisco.

Cuando Cliff Dalton y Angela Roth llegaron a la ciudad, y hablaron con la policía, se enteraron de que, aproximadamente a la misma hora en que estallara el laboratorio subterráneo del profesor Walcot, más de cuatrocientas personas encontraban la muerte en San Francisco.

Una muerte extraña.

Horrible.

Espantosa.

El mismo tipo de muerte que hallaron R-401 (la rubia Bárbara), R-139 y R-386 (los individuos que llamó Bárbara con su pequeño transmisor), R-299 y R-403 (los falsos enfermeros), y R-422 (la pelirroja Jennifer).

Cliff Dalton explicó a la policía que se trataba de los robots humanos creados por el profesor Walcot. En la casa del científico sólo había unos cuantos de ellos El resto, estaban en San Francisco, confundidos entre los seres humanos, y suplantando a las personas a

cuya imagen y semejanza habían sido creados.

Podían hacerlo perfectamente, puesto que no sólo tenían su misma cara, su mismo cuerpo y su misma voz, sino también sus mismos conocimientos.

Al incendiarse el laboratorio del profesor Walcot, debieron activarse los dispositivos que provocaban la total destrucción de los robots, y todos se fundieron como la mantequilla, entre roncos gritos, angustiosos aullidos, chispas azuladas, humo, llamas...

Algo realmente horroroso.

Tras haber informado ampliamente a la policía, Cliff Dalton y Angela Roth abandonaron la comisaría central.

Fueron directamente al apartamento de la muchacha.

Angela se había empeñado en atender personalmente el rostro del decorador, que, ciertamente presentaba un aspecto lamentable, a consecuencia del furioso aluvión de golpes que le propinara Lionel Walcot, estando él atado a la mesa.

El ojo izquierdo se le había cerrado casi por completo, a causa de la hinchazón, amén de tenerlo color chocolate; también tenía hinchados ambos pómulos, la ceja derecha, una oreja... Y los moretones eran abundantes.

—Todo lo tiene hinchado, Cliff... —observó Angela, con pena, después de la primera cura.

—Los labios, no —repuso el decorador, tomándola por la cintura y sentándola sobre sus rodillas.

Dalton se hallaba sentado en un sillón.

—Los labios, también —respondió la joven, rozándoselos delicadamente con la yema de su dedo índice.

—Muy levemente —dijo Cliff, mordiéndole el dedito—. No me impedirá besar a la chica más bonita de todo San Francisco.

—¿No es eso exagerar demasiado...? —sonrió ella, halagada.

—Ni un ápice. Usted lo tiene todo perfecto, precioso. Se lo digo yo, que la he visto desnuda bajo la ducha.

—Y bien vista, además.

—¿Nos tuteamos, Angela?

—Bueno.

—¿Nos damos un besito, Angela?

—Bueno.

No se dieron un beso, sino seis, a cuál de ellos más intenso, más profundo y más excitante.

Al mismo tiempo, la mano derecha del decorador recorrió una y otra vez los esbeltos muslos de la muchacha, muy hábilmente, a juzgar por los continuos y ahogados gemidos de ella.

Por eso no tuvo nada de extraño que, tras el sexto beso, Cliff Dalton sugiriera:

—¿Nos vamos a la cama, Angela?

—¿Sin cenar…? —repuso ella, con pícaro gesto.

—¿Y quién piensa ahora en cenar? —el decorador quiso besarla de nuevo, pero la joven le puso la mano en la boca.

Cliff se la mordió.

Angela dio un gritito y la retiró en el acto.

—¡ Me has mordido, Cliff!

—Un antepasado mío fue caníbal, ¿no lo sabías? —sonrió él.

—Ahora me explico tu afición por morder cosas. Antes, el dedo; ahora, la mano. ¿Qué seguirá?

—¿No te ruborizarás, si te lo digo?

—Atrevido.

—¿Qué hay de la cama?

—¿Qué hay de la cena?

—Ya cenaremos mañana.

—Yo no me acuesto sin cenar. Y menos, contigo.

—¿Por qué?

—Por lo de tu antepasado caníbal.

—¿Tienes miedo de que te coma...? —sonrió Cliff.

—No me extrañaría.

—Tú lo que quieres es darle largas al asunto. ¿Me equivoco, Angela?

—Sí, te equivocas. Deseo entregarme a ti tanto como tú tomarme. Pero tenemos que hablar antes.

—¿De qué?

—No quiero ser para ti lo que era Jennifer, porque yo...

Ahora fue Cliff Dalton quien cubrió la boca de Angela Roth con la mano, interrumpiéndola.

—Tú serás mucho más, Angela. Estoy enamorado de ti. Te quiero. Nos casaremos y tendremos hijos. Todos los que quieras.

Angela, cuyos ojos brillaban de felicidad, mordió la mano de Cliff, quien pegó un grito y retiró bruscamente *la* mano.

—¡Angela! —exclamó, perplejo.

—Se me olvidó decírtelo, Cliff.

—¿El qué?

—También uno de mis antepasados fue caníbal —informó la joven, sonriendo maliciosamente.

Cliff le pasó la mano por debajo de las rodillas y se levantó del sillón, con ella en brazos.

—Coge el botiquín, Angela —indicó.

—¿El botiquín...? —pestañeó ella—. ¿Para qué?

—Presiento que vamos a necesitarlo, porque los dos tenemos los dientes sanos y fuertes —respondió Cliff Dalton, y echó a andar hacia

el dormitorio.

Angela Roth rió alegremente.

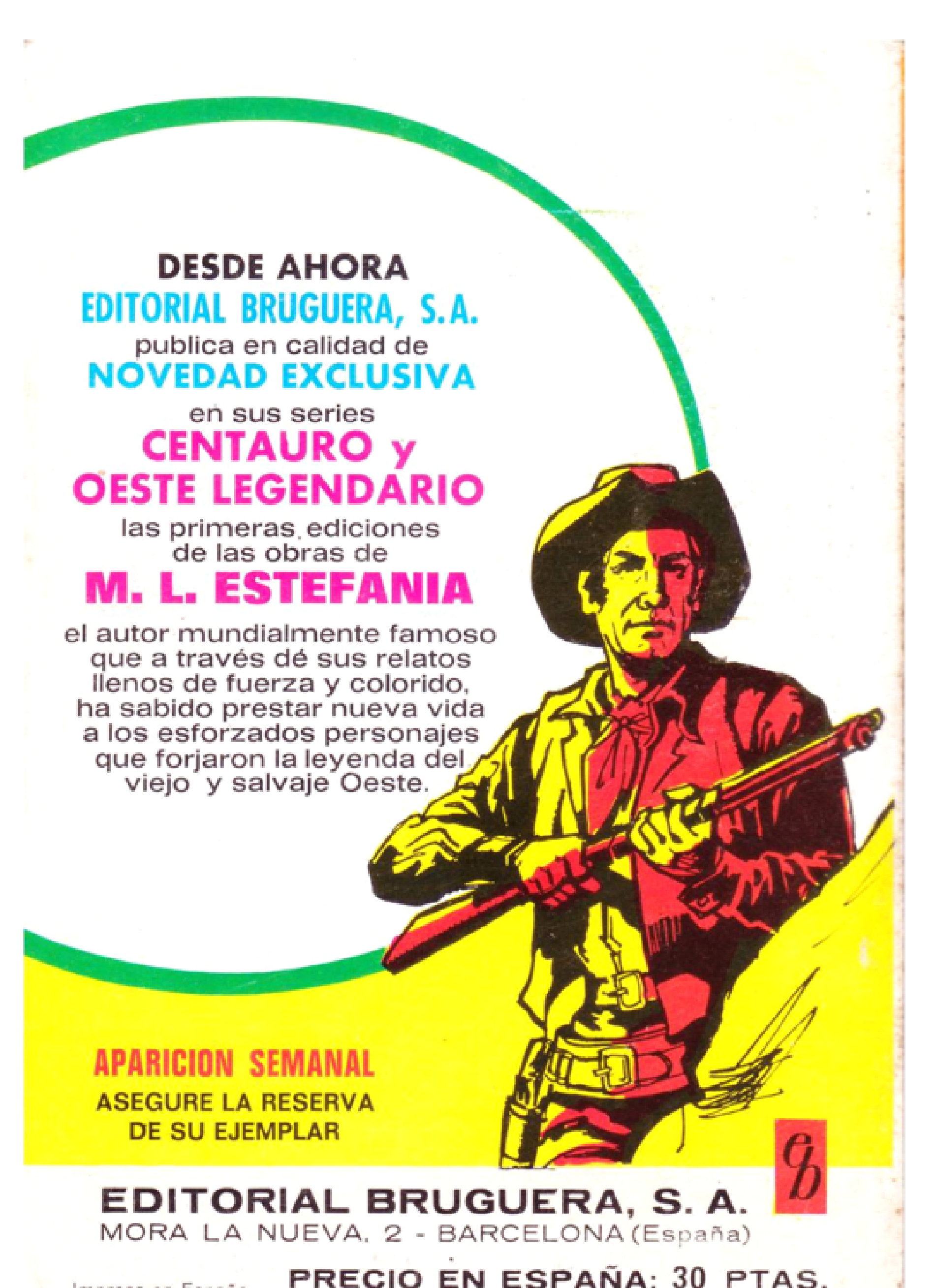
De pronto estiró el cuello y mordió la oreja de Cliff.

Un segundo después, él la mordía en el cuello.

Y, casi en seguida, diez centímetros más abajo, en pleno escote.

¿Sería cierto lo de que iban a necesitar el botiquín...?

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.